

Las circunstancias

¡Cómo nos ha puesto *La Epoca* á los republicanos! Las dulces esposas de los azucareros habrán temblado al leer el artículo, y las inocentes hijas de confesión de los jesuitas de moda habrán ido á buscar consuelo á la frecuentada iglesia de la calle de la Flor.

«Indisciplinados, anarquistas, cuyo triunfo equivaldría al principio de la disolución social, esencialmente antirreligiosos»; todo esto nos ha llamado. ¡Es para horrorizar hasta á los que intervienen en el asunto de la escuadra y preparan el del catastro y otros por el estilo!

Algunos colegas míos han rechazado con cierta viveza las apreciaciones de *La Epoca*, negando que seamos lo que nos dice; lo que yo quisiera que fuésemos. ¡Ahí es nada un partido de disolventes sociales, indisciplinados y antirreligiosos!... Sería algo muy consolador para España. Y para mí un sueño realizado.

Mas ¡ay! desgraciadamente estamos muy lejos los republicanos de alcanzar esa perfección. La mayoría de mis correligionarios rechaza indignada la simpática nota demagógica, y se horroriza ante la idea de que le apliquen el honroso y civilizador adjetivo de antirreligioso. Por lo tanto, deseché todo temor *La Epoca*, y crea que, aun viniendo mañana, no desentonaríamos mucho, y nos acomodariamos pronto á las circunstancias, siguiendo el ejemplo que tantas veces nos dieron hombres sesudos y prudentes.

Y para unir la galantería á la enseñanza, me he ido á buscar el ejemplo que voy á presentar á la colección de *La Epoca*, y en fecha bien lejana: cuando la juventud del colega le impulsaba á emplear en la defensa del orden más brios y poner en el culto al trono más devoción que ahora: en 1868.

Triunfante en Septiembre la revolución, es decir, el desorden, la anarquía, (demagogia se la llamaba entonces) parecía natural que los partidarios de lo caído, los que habían alentado y adulado á la Señora que ocupaba el trono, compartieran con ella las responsabilidades, en la proporción debida, ó, por lo menos, sacando valientemente el pecho fuera y dando noblemente la cara, siguieran difundiendo, cual cumple á caballeros sin miedo y sin tacha, aquellos principios sacrosantos que informaron siempre su vida y su conducta.

Pero no fué así; cambiadas las circunstancias cambiaron las ideas, y lo que antes se juzgó digno de alabanza cayó bajo el dominio de la censura; lo cual prueba que los hombres no son los mismos siempre, que hay que verlos en situaciones diversas para juzgarlos, y que es muy expuesto por ende extraer datos del pasado para prejuzgar el porvenir. Y esto lo digo, para llegar á la conclusión de que no tendría nada de extraño (aunque yo lo sintiera mucho), que á los indisciplinados, los anarquistas, los irreligiosos les diera por gobernar con gran medida y acierto para no parecerse en nada á los monárquicos, y hasta para excluir de su política todo lo que oliere á arbitrariedad, tiranía, negocio, etc., etc.; claro es que sin salirse del camino que deberían forzosamente seguir para realizar su obra justiciera hasta el fin.

Y consignado esto, cumplo gustoso el ofrecimiento de presentar á mis lectores el ejemplo que *La Epoca* nos dió en aquella fecha remota, copiando algo de lo que dijo en el número correspondiente al 6 de Octubre de 1868:

«Como obra de los partidos y como movimiento puramente militar, intenta presentar la revolución que la ha arrancado del trono, D.^a Isabel de Borbón en su manifiesto. Creemos que se engaña. La nación estaba persuadida hace años de que la fuente, el origen de la inestabilidad política y de la esterilidad de cuantos ensayos se habían verificado para gobernar normal y pacíficamente, estaba en la persona del monarca; había llegado á persuadirse de que, después de treinta y cinco años de reinado, no era posible que este espíritu variase, ni que gozáramos de paz, sino en medio de la inmovilidad y la represión, y por eso el sentimiento monárquico no ha respondido en ninguna parte al grito de auxilio que se le dirigía.»

¿Quién hubiera sospechado dos semanas antes que *La Epoca*, tan respetuosa con D.^a Isabel II, tan partidaria del orden, tan dinástica, había de escribir esos conceptos?

Nadie. Y los escribió, sin embargo. Lo cual viene á confirmar lo que antes dije, esto es: que no puede profetizarse el porvenir por los datos que suministra el pasado, y que las circunstancias influyen poderosamente en la conducta de todo hombre y de todo partido; que una cosa es estar en la oposición haciendo propaganda, y otra bien distinta en la altura gobernando.

Por aquellos días hubo, y aún puede que hoy también los haya, individuos que, en nombre de no sé cuántas cosas elevadas, condenaron aquel lenguaje, que acusaba, decían, falta de respeto á la desgracia, ingratitude, hasta cobardía; olvidándose de que las circunstancias influyen más que el deber en la conducta del hombre, salvo alguna que otra quijotesca excepción.

Y que aquellos renglones no fueron dictados por flaqueza ó miedo, demuéstrela claramente el que *La Epoca* estampara estos otros el 8 de Octubre, es decir, á los dos días:

«Y ES QUE NO CABE ACTO MORAL NINGUNO HUMANO QUE NO PRODUZCA RESPONSABILIDAD; que cuando un monarca, dejando de consultar la opinión de un pueblo ó desdenándola, hace política personal, compromete su RESPONSABILIDAD PERSONAL É INMEDIATA, CUALESQUIERA QUE SEAN LOS PRINCIPIOS Ó LAS MÁXIMAS CONSIGNADAS EN LAS LEYES.»

«La responsabilidad de los monarcas no se exige más que una vez, pero es definitiva. TANTO PEOR PARA ELLOS SI OLVIDAN LA MISIÓN Y DESCONOCEN LA SITUACIÓN QUE EN LOS PUEBLOS MODERNOS OCUPAN LOS REYES Y LOS TRONOS.»

Brindo esos dos párrafos de *La Epoca* á *El País*, por si quiere intercalarlos en cualquiera de sus ya célebres *Vulgarizaciones históricas*; párrafos que vienen á reforzar la opinión, antes por mí expresada, de que se habla y se obra en política según la situación que se ocupa y los vientos que corren; con arreglo á las circunstancias, en suma.

Por lo demás, tranquilícese *La Epoca*. Seremos buenos chicos cuando veamos. Acaso en los primeros instantes creamos necesario hacer alguna pequeña operación quirúrgica, no al estilo de las de Ríotinto, Jumilla, Infesto, Salamanca, Cieza, Alcalá del Valle y tantas otras, la última de Orense inclusive... ¡Pero nada más, nada más!... Después nos dedicaremos, no á preparar negocios inconfesables, ni á fundar monopolios para enriquecernos, ni á construir escuadras sin finalidad, sino á implantar la justicia hoy escarnecida, la libertad hoy ultrajada, la moralidad hoy desconocida, amenizando ocupación tan santa con la expulsión de las órdenes religiosas en su totalidad (si ellas no se nos hubiesen anticipado expatriándose prudentemente el primer día), é implantando las reformas que hagan de la España de la farsa política, la mentira religiosa y el desbarajuste económico, una nación de hombres dignos, honrados y trabajadores...

¿Qué al realizar estos modestos propósitos sufren alguna lesión en sus intereses económicos, políticos, morales y sociales algunos respetables señores y algunos impecables organismos? ¿Qué hacerle? Es ley de la Naturaleza. El siguiente soneto se lo recordará á *La Epoca*, que lo sabe de sobra:

«Sin tempestad que en los espacios breme no hay en los cielos ni en el mar bonanza, y la paz del espíritu no alcanza sino el que vence á la pasión infame. Quien á las puertas de la gloria llame, antes apreste la guerrera lanza; entre en el circo con viril pujanza quien el renombre de los fuertes ame. Así la Libertad que esclava gime en brazos de la odiosa tiranía, con palabras de amor no se redime. Si el hambre horrenda, demacrada y fría siempre en Egipto su segur no esgrime, es porque el Nilo se desbordó un día.»

Fuera de esto, del desbordamiento del Nilo durante cinco ó seis días para asegurar la cosecha de libertad, moralidad y justicia, créame el colega conservador que nos insulta; seremos un modelo de virtudes cívicas. Y tendremos el gusto de aplaudirle el día que vuelva á juzgar tan severa y justamente como en 1868 al trono que hoy sirve con tanta lealtad, tanto ardor y tanto celo...

Y quedará demostrado cumplidamente entonces, que todos somos inconsecuentes y olvidadizos; los republicanos trabajando desde el poder por hacer la felicidad de España, y los conservadores atacando á las personas á quienes hoy les deben la suya.

¡Las circunstancias, colega, las circunstancias!...

JOSÉ NAKENS

Pocas palabras

Lamento que al Sr. Macías del Real le haya molestado el ruego que le dirigí en el número anterior, según he visto en la carta que ha publicado el domingo en *El País* y en *El Liberal*. Debí estar poco afortunado en la expresión de mi pensamiento, cuando él no lo ha entendido.

La situación en que se encuentra me obliga á pasar por alto algo de lo que, si fuese otra, le diría; mas no me impide reproducir estos dos párrafos de su carta:

«Para que lo sepan todos, esta campaña no era sólo contra el hecho concreto de la prevaricación, sino también contra los anejos: el compadrazgo, el pasteleo, el hoy por ti, mañana por mí, contra los ojalateros que charlan sin cesar y no hacen nada, contra los que gritan en mítins, cervicerías y tertulias políticas y callan después en el salón de sesiones, absteniéndose de votar ó votando con el Gobierno.»

«No me importa el perder lo que se refleja á ventajas y conveniencias personales, pero sí ruego á todos los que me demostráis afecto y á los que sin quererme, sois también honrados, que persistáis, con tenacidad, tercamente, como persistiré, aunque nos llamen lateros, en trabajar contra la farsa y la injusticia que destruyen lentamente el prestigio de los organismos del Estado.»

Cuanto se dice en esos dos párrafos merece mi aplauso, sobre todo lo de *trabajar contra la farsa y la injusticia*; y pongo á disposición del Sr. Macías mi experiencia de cuarenta años en esta especialidad, por si, dado el poco tiempo que hace que él la cultiva, pudiera servirle de algo.

Explicación

Alguien me ha dicho que, en vez de publicar en *EL MOTÍN* mi ruego al Sr. Macías, debí celebrar con él una entrevista ó escribirle particularmente.

Es indudable que pude hacerlo. Y diré más: lo pensé. ¿Por qué no lo hice? Descarto desde luego lo de la conferencia: soy enemigo de cabileos que, por ser secretos, no caen bajo la contradicción ó la censura pública.

La carta particular no la escribí, por esta consideración. «El Sr. Macías, me dije, debe tener muchos amigos verdaderos, y seguramente alguno le habrá llamado la atención sobre este punto; que él no le ha hecho caso, á la vista está; voy, pues, á advertírselo yo en público, por si le produce más efecto, y conseguimos así nuestro deseo.»

Y de que no me equivocué en mi suposición, buena prueba es el primer párrafo de su carta del domingo. Dice así:

«Desde hace días me dicen con insistencia algunas personas, que simpatizan con la campaña emprendida para hacer luz en el asunto de las construcciones navales: «No publique usted artículos con tanta frecuencia y sobre todo énfase en ellos á hablar del asunto que motivó su denuncia y de las ilegalidades y atropellos que se han cometido con usted en la tramitación de los procesos y en el Tribunal de honor, porque si no corre usted el peligro de perder la personalidad que tiene adquirida y dará ocasión á sus enemigos para que interpreten sus desinteresadas palabras, como un deseo de mezclarse en todo.» (Aluden á mi artículo titulado *Alerta españoles, á Marruecos* no, que publicaron *El País* y *España Nueva* el día 13 del actual y que extractó *El Liberal* en la misma fecha.)»

¿Que no he conseguido mi objeto, puesto que inmediatamente ha lanzado otra carta? Aguardemos. Yo tengo la seguridad de que el Sr. Macías comprenderá al fin que le conviene atender las indicaciones de esas personas y el ruego mío, y sólo hablará en adelante del negocio de la escuadra, y con mayor claridad cada vez. Quienes sostienen que no se tirará á fondo hasta que lo nombren diputado, le ofenden sin advertirlo, pues equivale á suponer que no se atreve á decir la verdad sin parapetarse previamente tras la inmunidad parlamentaria; y nadie tiene derecho á dudar de un hombre que se ha jugado una carrera y su libertad por prestar un servicio á su patria, y que al juzgárselas, no pudo prever la renuncia de Morote.

Ayudémosle los republicanos en cuanto necesite para llevar á feliz término su obra,

pero no empequeñezcamos la cuestión, que es nacional, dándole un carácter de exclusivismo que pudiera reducirla á las proporciones de una escaramuza de partido.

ECOS DE LAS PRISIONES

Me encuentro en una situación difícil para publicar ó extraer los escritos que se me envían de varias cárceles y presidios. Son tales las infamias y horrores que se me denuncian, que no me atrevo á estamparlos por temor á que sean víctimas de toda clase de atropellos, sin quedarles recurso alguno de queja ni defensa, los presos que se atreven á descender un poco la punta del velo, y aquellos otros á quienes á los empleados se les antoja echarles el muerto.

No se tiene idea, ni es posible tenerla, de las crueldades que se aplican á los presos que, cansados ya de sufrir, ó viéndose morir de hambre ó á golpes, se atreven á decir algo de lo que les ocurre; el encierro, los palos, la cadena, el no darles otro alimento que pan y agua, todo se les echa encima á la vez; y aunque acudan á las autoridades en súplica de amparo, nunca consiguen nada; hay que mantener el orden y la disciplina, frase que significa esto: hay que apelar á todos los medios para hacer callar á todo el que diga que se maltrata á los presos ó se les roba.

Y esto es preciso que acabe. Y para acabar con esto, bastaría un hombre (hombre en el noble y viril sentido de la palabra). Si en vez de nombrar directores de Penales á políticos ineptos, sin iniciativas ni voluntad, que hacen como que hacen, sin hacer nada de lo que debiera hacerse, se buscara para ese cargo un hombre inteligente y enérgico, que imprimiese rumbos de justicia al Cuerpo, que castigara con mano dura á quienes robasen ó impusieran castigos que no fían las leyes, y que en vez de salir á visitar los Penales para justificar dietas de quince duros diarios, fuesen con el propósito firme de saber lo que en ellos ocurría, para remediarlo, aplaudirlo, ó castigarlo; si esto se hiciera, quedarían inmediatamente resueltos una porción de problemas de los que va á tratar el próximo Congreso penitenciario de Valencia.

Y mientras esto no ocurra, ya pueden estudiar y discutir los señores que allí van á reunirse; producirá el mismo resultado lo que acuerden, si llega á implantarse, que produciría el poner en manos de un profano, para que lo hiciera funcionar, el más perfeccionado y maravilloso instrumento de física.

Pero me he separado del tema de este artículo y vuelvo á él.

Si; no sé qué hacer con las denuncias que se me envían, porque pienso con horror en las venganzas de que serán objeto sus autores. Dígame Jerónimo Domínguez Bastante, encerrado por esta causa hace un año en un calabozo del Acho en Ceuta, amarrado en blanca, y sujeto á privaciones infinitas, sin que autoridad ninguna de aquellas á quienes se ha dirigido, incluso el ministro de la Guerra, hayan hecho caso de sus escritos. (Por cierto que ahora está en Madrid el director de la Colonia de Ceuta, para responder á los cargos que le resultan en el famoso expediente formado cuando mandaba el de Ocaña.)

Pero como hay que hacer algo, porque esto, ya lo he dicho, no puede continuar, hásemos ocurrido que quizás lo mejor sería publicar desde luego el nombre del que produjese la queja; así las autoridades se verían forzadas á intervenir, y se estaría á la mira de lo que los empleados hiciesen con él.

Y, en último término, y aunque en alguna ocasión fuesen castigados los denunciadores por los jueces, merced á los amaños que se pusieran en juego para borrar la pista de la verdad, nunca podría irles peor que ahora. ¡Como no los desuavizaran y se los sirvieran cocidos en el rancho á sus compañeros!...

He expuesto cuanto sobre el particular se me ocurre. Sirva esto de contestación á cuantos me han remitido escritos que no he publicado, especialmente á los penados del Dueso (Santona) que han llegado á decirme, después de rogarme que estampase sus nombres al pie de sus denuncias: «¿Qué garantías necesita usted para publicar los escritos que le hemos enviado?»

Ya lo saben, pues, los presos que me denuncian algo relativo á lo que ocurre en cárceles y presidios; publicaré sus nombres, á fin de que el temor á que se sepa lo que después hagan con ellos, sirva de freno á los empleados en sus criminales proceder.

Referir los hechos anónimamente, les da pretexto para cebarse en todos los que sospechan que pueden haberme escrito. Lo necesario ahora, es que se aseguren bien de la certeza de los hechos que me denuncian, y que, cuando los jueces intervengan, haya el número suficiente de presos que no teman decir la verdad.

Antes, cuando todo se hacía, digámoslo así, en familia, se explicaba ese temor. Hoy, habiendo quien esté dispuesto, como yo lo estoy, a llevar a la prensa cuantos incidentes ocurran, ya tienen alguna garantía.

Y no creo que sea preciso decir más sobre el asunto.

El prestigio del Ejército

Un carlista, el Sr. Vázquez Mella, lo ha dicho: «El gobierno debe provocar una guerra a Marruecos, para que el Ejército español vuelva por su prestigio, perdido juntamente con las Colonias en la guerra con los Estados Unidos.» Y yo pregunto a ese señor: ¿Qué entiende usted por prestigio del Ejército?

España sufrió un descalabro horroroso con la pérdida de las Colonias; pero, ¿puede culpársele de ello a un puñado de valientes que, hambrientos, desnudos, casi sin municiones y extenuados por una guerra fratricida de cuatro años, lucharon denodadamente contra un enemigo grande, poderoso, bien armado y mejor pagado, dejando el prestigio militar, ese prestigio que el señor Vázquez Mella cree perdido, a una altura como jamás ejército alguno lo puso? No, no es posible dudar del heroico comportamiento de aquellos soldados que dejaron el suelo cubano sembrado de cadáveres.

España perdió su prestigio, sí; pero no fué el brazo ejecutor el que lo perdió, sino la cabeza directora. Si en Madrid hubiera habido patriotas; si desde la Restauración se hubiera velado por los intereses nacionales y no por los de los miserables partidillos del turno, ni las guerras coloniales hubieran diezmado a la juventud española, ni nos hubiéramos quedado sin posesiones aliende los mares. Y siendo así, ¿cómo se atreve el Sr. Vázquez Mella a decir que el Ejército español debe de ir a recuperar en Marruecos un prestigio que nunca perdió?

Es injusto el Sr. Mella; los únicos desprestigiados, los únicos fracasados, son los hombres funestos que desde hace treinta y cinco años vienen dando vueltas al rededor de la Corona, medrando a su sombra y favoreciendo a las empresas que en su afán de lucro llegan hasta la provocación de guerras como la de Cuba, que tantas víctimas y dineros costó a este país desdichado, y que luego trataron de desprestigiar al Ejército firmando el afrentoso tratado de París.

Esos, esos son los únicos que han perdido el prestigio, y deben procurar recuperarlo, pero no desde las alturas del poder, donde no hay más que inmudicia e inmoralidad, sino diciéndole al pueblo: «Nos hemos convencido de nuestra inutilidad; y para remediar en parte los grandes males que le hemos causado a la patria, te dejamos gobernar para que, tú que sientes sus necesidades y estás dispuesto a todos los sacrificios, puedas dar prosperidad y días de gloria a España, ya que tu gobierno será el único capaz de hacer renacer en la patria la riqueza, el bienestar y la moralidad.»

Este sería el solo medio de volver por el honor perdido; de otro modo seguirán los politicastros de la Restauración cometiendo abusos, repitiendo desaciertos, acumulando inmoralidades y no podrá nunca rehabilitarse España; a menos que el pueblo, unido al Ejército, barran un día todo lo podrido, todo lo ruinoso, todo lo corrompido.

E. FERNÁNDEZ PÉREZ

Lema inmutable

Santa Brígida, mi precursora en emitir juicios exactos sobre los Papas, juzgó así a los que tuvo la desgracia de conocer:

«El Papa es el verdugo de las almas, es más perverso que Pilatos, más abominable que los judíos, peor que el mismo Lucifer. Ha convertido los diez mandamientos en uno solo: «llevar dinero». Roma es un baratillo del infierno, presidido por el diablo, donde se venden los bienes que Jesucristo conquistó en su pasión y muerte.»

Extraño lo que decía la santa? No.

Lo que me sorprende es la igualdad en la marcha del Papado. «Dinero!», era su lema ayer, y «dinero!» es su lema hoy.

Como su reino no es de este mundo...

La guerra

La guerra puede definirse con una sola palabra: la violencia.

Un lobo hambriento encuentra un cordeño en el bosque; se echa sobre él, le mata y se lo come. Esta es la guerra. Porque para que haya guerra no es necesario que la fuerza de los combatientes sea igual. Es una gran condición para la guerra el ser mucho más fuerte que el adversario.

Otro lobo encuentra al matador del cordeño; quiere coger la presa, gruñe y enseña los dientes. Se entabla la lucha entre los dos lobos. También esta es la guerra. Porque no es preciso que los dos combatientes sean de

distinta especie o familia para que haya guerra. Los hermanos se baten entre sí sin piedad.

Llega el hombre a su vez; quiere castigar al lobo que le comió el cordeño. Con su bastón, su machete o su carabina entabla la lucha. También esta es la guerra.

Es posible que el derecho esté de parte del hombre y no de parte del lobo. Pero no es porque el hombre tenga razón por lo que matará al lobo, sino porque tiene más fuerza. Aunque no tuviera razón triunfaría, porque es el más poderoso.

Esta es la esencia de la guerra: asegurar el triunfo del más fuerte, no del más justo.

CARLOS RICHT

REFLEXIONES

Para las buenas gentes y las malas también, la Iglesia son los curas, del Papa abajo. ¡Oh, el Papa! ¡Oh, los cardenales, los obispos, los frailes, los jesuitas, los curas, los flamínos, las monjas, las hermanas! ¡Oh, oh!... Bien, ahí está el Papa, un buen señor; desnudémosle o mirémosle con aquellas gafas que la inquisición de Murcia ocupó a la famosa madre Patria, con cuales se veía a los hombres encueros y a las mujeres en camisa: pues resulta un bipedo implume, como otro cualquiera, como García Alif, por ejemplo; y si a Lacierva le vestimos con la indumentaria pontifical, esas mismas buenas gentes le creerán todo un Papa.

Desnudémosle igualmente a los cardenales, obispos, jesuitas, frailes (no a las monjas ¿eh? hay que respetar la virtud... oficial), y nos encontraremos con que parecen, desnudos, éste un mozo de cuerda, aquél un general Azárraga (por el abdomen), el otro un Sánchez Guerra; y si a estos conspicuos los vestimos de obispo, cardenal o fraile, frailes, cardenales y obispos los creará el pueblo devoto.

Ergo la Iglesia viene a reducirse a un número de solapas blancas, moradas, negras, pardas, de paño, de gro, de bayeta, de raso, y además otro número de casullas, dalmáticas, albas, roquetes, sobrepellices y capas pluviales; una iglesia de trapo.

Este trapo va acompañado de mitras, báculos, círculos, cálices, custodias, copones, confesonarios, cetros y pértigas, incensarios, órganos, palmariorias, belones y candeleros; menaje, mueblaje, orfebrería, pintura, estatuas, ropas y efectos; nada, un baratillo.

Y la prueba es fácil hacerla. Que canten una misa mayor tres presbíteros, y predique otro ídem, y les ayude un sacristán y dos acólitos, vestida toda esta gente de pantalón, americana y hongo, y que en vez de cáliz y demás efectos de la forma ordinaria, usen otros nunca vistos en el templo; y así practiquen todas las ceremonias más puntualmente que un San Carlos Borromeo, el pueblo se sale creyendo que asiste a una parodia sacrilega. Es, pues, una Iglesia de puras formas; la esencia no parece.

Y de esas formas, ¿qué? ¿Son accidentes de una materia, como dice la filosofía? Veámoslo. «Los sacramentos.» El bautismo, agua; la unción, aceite; la eucaristía, un poco de pan y otro poco de vino; el matrimonio, velos, anillos y arras; la confirmación, una bofetada; la penitencia, un confesonario... y en todos ellos ornamentos de varios colores, y palabras, palabras y palabras.

En la Iglesia todo tiene color. La Concepción es una serie de cuadros y vestiduras azul y blanco; los mártires, tela encarnada; lo perteneciente a la Pasión, trapos morados; si se trata de fiestas alegres, trapo blanco; el Purgatorio, paños negros y amarillos, túmulos flameados y pintarrajeados de calaveras; el cielo, un fondo azul con estrellas de papel plateado; el Infierno, llamas de ocre y de minio, y hombres muy feos, por añadidura cornudos; la Trinidad, un grupo heterogéneo, de un anciano, un joven, y una paloma.

Los santos, estatuas de madera. Veamos esa Virgen de Begoña, por la cual se matan y caritativamente rompen al prójimo el externalón los bizkaitarras: alzamos los trapos que la visten y... cuatro palos en forma de pirámide, formados de cartón, una cabeza bastante fea, unas manos de talla sobre unos brazos sin forma humana; así casi todas las vírgenes.

El papado ¿qué es? Pues el Vaticano, con sus galerías y sus loggias, con sus trajes de prelados y de suizos. El episcopado es un palacio con porteros, coche, ujieres, secretaría y... buena cocina. El monaquismo es un edificio, un falansterio, donde el refectorio y la cocina son lo principal. Y así todo.

La nota más saliente: ese baratillo de ropas y efectos, esa suma de caserones, ese conjunto de zalemas, idas, venidas, ademanes, humo de incienso, ruido de órganos y piporros, cantamusas de sochantres agardentosos y palabras masculadas por hombres que visten algo parecido a enaguas blancas, todo eso es y se sostiene y se mueve por el dinero, pide dinero, cuesta dinero y no puede existir sin dinero.

Su esencia, su parte interior, su personalidad, no se ve, no se toca; y, sin embargo, eso produce guerras civiles, disturbios, separatismos, homicidios, motines, perturbación de la política y del hogar, retroceso, malestar, miseria, embrutecimiento, atrofia

de las energías; por eso es la política española una cloaca de convento, una piara de los obispos; la aristocracia una mina de los frailes; la sociedad un rebaño del Vaticano, rebaño de machos idiotas y de hembras desequilibradas.

No busquéis más en la Iglesia; bajo esos trapos, esos trebejos, esos muebles, esas alhajas, esos edificios, esos colorines, no hay otra cosa que el vacío.

Y, sin embargo, ese vacío nos llena de miseria y nos hace tan triste la vida! La verdad: reflexionando sobre esto, llega uno a dudar si Dios ha poblado el planeta de seres racionales o de locos o imbeciles. ¿Apuestan ustedes algo a que en los demás cuerpos celestes que rodean al Sol se tiene conocimiento de lo que en la Tierra sucede, y unos a otros, los marcianos, los mercurianos, los venecianos y los jovinos, cuando hablen de este planeta dirán desdenosamente: ¡ahl, sí; el manicomio del sistema solar!

JOSÉ FERRÁNDIZ

A petición de los obispos, el Papa ha dado un *Motu proprio*, ratificando los frecuentes decretos episcopales que prohíben a los sacerdotes montar en bicicleta, so pena de retirarse las licencias para decir misa.

Convendría que se ampliase esta prohibición a los que montan en automóvil, tren de ferrocarril, tranvía, burro, etc.

La religión debe ser incompatible con toda clase de montas.

Humorista inglés

Mister Jerome K. Jerome ha dicho en una conferencia social sobre asuntos teatrales:

«Los dramaturgos deberían comprender que la vida del hombre trabajador facilita más elementos dramáticos que la de un mundano ocioso.

Renuncien a la ilusión de que la vida de un hombre deje de ser interesante para el artista si no tiene 50.000 francos de renta, un mayordomo y tres automóviles.

Pero nuestros dramaturgos son demasiados «distinguidos» para fijarse en el pueblo. Continuarán desconociendo y trabajando para los snobs de West End.

He buscado en nuestro teatro contemporáneo un obrero, un trabajador. No lo he encontrado. El único personaje que representaba el trabajo era un caballo que figuraba en una comedia dada recientemente en Drury Lane.

Tuvo, por otra parte, la suerte que merecía. Al final de la obra caía a un precipicio y se mataba.»

Si, la vida del trabajador facilita elementos dramáticos, pero de una monotonía espantosa: el hambre y la miseria, con su cortejo de resignaciones estúpidas, o de violencias vulgares, o de prostituciones lógicas, hasta que acaba como el caballo ese; esto es todo.

La conferencia resultó sangrienta. Por algo tiene Mr. Jerome fama de gran humorista.

El veraneo

DOS CUADROS

I

¿Qué de sueños, bellezas y placeres promete y evoca el veraneo!

El sub-expres, el tren rápido en los que la industria y el arte han conseguido refinamientos asombrosos, comodidades sibaritas y perfecciones increíbles. Salones, tocadores, fondas, alcobas, galerías, con tapicerías artísticas, pinturas sonrientes, molduras deslumbrantes y enjambre de criados activos y serviciales.

Una concurrencia bulliciosa, en la que todos se conocen y se saludan. El rumor de las risas y los chistes, el *flirteo* encantador, la vida en su aspecto más agradable, y todo moviéndose, corriendo con rapidez vertiginosa, salvando distancias increíbles, anocheciendo en Madrid para amanecer en Biarritz, almorzando en San Sebastián para cenar en París.

Y luego, los hoteles con sus galerías llenas de palmeras, las *terres* desde las que se ven el mar azul y las montañas verdes, los casinos plétoros de luz y de animación, los kioscos donde tocan orquestas magníficas que exhalan melodías cadenciosas, que repiten los tangos picarescos del género chico o arrebatan el alma llevándola a regiones de amores infinitos en alas de los vales de Valtensfeld o de Strauss.

¿Qué mañanas las de la playa fresca y rumorosa, sobre la arena finísima, bajo el cielo entoldado por las brumas, en moviente butaca de mimbrés y con el mar enfrente! El mar, obscuro, inmenso, que murmura leve é inofensivo, cercando con blanquísimas espumas los pies desnudos de los niños, para que se olviden por un momento

los pasados crímenes nefandos, las lágrimas y la sangre que ha hecho verter! El mar, que canta alegre al verse acariciado por una sociedad elegante y lujosa, y guarda rugidos y clamores pavorosos en las grutas de perlas y corales! El mar, que respira y lanza el hálito gigantesco impregnado de salitre, de esencia de algas y perfume de espumas!

De noche, los salones rebosan luz, encajes y alegrías. Por las abiertas ventanas se ven olas de plata y nacar, cielos bordados de luceros, sombras de rosas y jazmines que suspiran olores penetrantes y calmas inmensas y celestiales.

¿Qué vida la del puerto elegante, la playa de moda, el nido aristocrático entre los montes vascos y el bullicioso Atlántico! Allí van los magnates y los príncipes, los grandes negociantes y banqueros, los políticos influyentes, los curas y religiosos de alto copete, las mujeres galantes, los mimados por la fortuna, los que hoy son católicos y llenan las iglesias *comm'il faut* y se postran ante el confesonario del jesuita *dernier cri*.

II

En Madrid, mientras tanto, hierve con fuego lento esa enorme caldera mohosa, grisenta, maloliente, donde se revuelca la muchedumbre pobre, trabajadora, desheredada...

Los callejones de los barrios bajos arrojan por cada alcantarilla vahos de muerte y de podredumbre; los patinillos recojen de cada puerta y de cada ventana el aliento de una familia entera, que suada, que no se baña, que guisa junto al sitio donde arroja las inmundicias, sin que casi se pueda saber qué es la comida y qué es la basura; los insectos de todas clases se centuplican; formando nubes negras, mortificantes, que se agarran al colchón, al catre, a los rincones; el agua azul del Lozoya viene, turbia y caliente, a ser nuevo tormento de bocas abrasadas, calenturientas; y los talleres son hornos, y los hornos son infiernos, y los alimentos están corrompidos, y la corte es la ciudad de la muerte.

Y como los que se van son los santos, los católicos, los conservadores, ¿quién se encarga de gritarles que se ocupen del pueblo, que acorten las distancias del lujo desenfrenado y la miseria apocalíptica?

Nosotros, los anatematizados, los impíos, los cursis que no llevamos la sotana del jesuita *dernier cri*.

PEDRO CRESPO

La moral del clericalismo

La esencia de la moralidad consiste en primer lugar, según los más celebrados y ortodoxos teólogos, en la relación o conformidad de los actos humanos con la ley eterna, que es la razón divina o voluntad de Dios, que manda conservar el orden natural o que prohíbe su perturbación; y en segundo término, consiste en la conformidad de los actos humanos con la recta razón.

Esto último sí que es cosa clara y terminante, y no hay duda de que persuade a los más escrupulosos de la verdad inconcusa, de esa condenada, harto inconsecuentemente, moral universal que los racionalistas defienden sin duda alguna de perfecto acuerdo con los más tucioristas de los católicos, porque siendo la razón universal, y ésta a la vez esencia de la moralidad, ha de haber una y sola moral: la moral universal.

Porque todos sabemos que es la razón recta y de todos son bien conocidas sus leyes, como lo son de todos las del orden natural, de aquí que los peligros de errar en los actos humanos no sean tan constantes ni de índole tan abominable o de tan elástica condición como si se refirieran a una voluntad extraña, desconocida, ignorada o interpretativa como lo es la voluntad de Dios, que cada cual finge a su manera y amolda a sus propias conveniencias, como la amoldaban los judíos, inmediatos ascendientes de los católicos, que inventaron a Jehová para su propio uso y abuso, y le hicieron decir lo que les plugo y convino, erigiéndose a sí propios en intérpretes de intrincadas y laberínticas revelaciones, ni más ni menos que ahora lo hacen el Papa y la Iglesia, queriendo someter nuestros actos a reglas infalibles, dictadas desde las nubes por la divinidad.

El sofisma es por lo tanto muy antiguo y ya lo condenó Jesucristo en durísimos apóstrofes que desde luego hago míos. Oigamos al Nazareno:

«Ay de vosotros escribas y fariseos, hipócritas! porque os coméis las casas de las viudas, y por pretexto hacéis larga oración: por esto llevaréis más grave juicio.

«Ay de vosotros escribas y fariseos, hipócritas! porque rodeáis el mar y la tierra por hacer un prosélito, y cuando fuere hecho, le hacéis hijo del infierno, doble peor que vosotros.

«Ay de vosotros escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmaís la cuenta, y el sueldo, y el comino, y dejáis lo que es lo más grave, el juicio y la misericordia.

«Ay de vosotros escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso, y del plato; más de dentro están llenos de robo y de injusticia.

«Ay de vosotros escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes á sepulcros blanqueados; que de fuera se muestran hermosos, más de dentro están llenos de huesos de muerte y de toda suciedad.

«Serpientes, generación de víboras, ¿cómo evitaréis el juicio del infierno?

«Jerusalem, Jerusalem, que matas á los profetas, y apedreas á los que son enviados á tí; cuántas veces quise juntar tus hijos como la gallina junta sus pollos debajo de las alas, y no quisiste!

«He aquí vuestra casa os será dejada desierta.»

La misteriosa voz del pasado retumba en los conciliábulos del Sinedrio, repereute en el Senado y se oyen los lejanos ecos de las legiones de Afila, que al frente de los hinos valerosos ha de arrasar el imperio de Occidente cuando mayor sea su extensión, su pujanza y su poderío: que los pueblos no perecerán jamás por falta de hombres ni de dinero, sino enervados por los vicios.

Por lo mismo nos hallamos nosotros al borde del precipicio, porque la inmoralidad clerical ha penetrado en el cuerpo social y reina como soberana en las costumbres.

La hipocresía y la violencia regulan todos los actos de la vida individual y colectiva, y sin un esfuerzo heroico de los buenos, el final de la catástrofe no está lejano: consecuencias naturales de referir la esencia de la moralidad á los preceptos de quien nada dice, fando los resultados á las conveniencias de un puñado de taumaturgos iluminados ó de bribones de profesión.

Ellos inventaron como la más sublime perfección moral el celibato y poblaron las inclusiones de hijos sacrilegos; llamaron concubinas á las esposas legales y consagraron el amancebamiento y la barraganza; ensalzaron como la mayor de las virtudes la obediencia y se pasaron la vida conspirando; proclamaron los grandes beneficios de la paz y concedieron indulgencias plenarias á los que, alistados en sus ejércitos, llevaron la guerra á todas las naciones; ganaron prosélitos rodeando el mar y la tierra y los hicieron mil veces peores que ellos. Y una vez en el poder sus devotos, cerraron los domingos las tabernas, donde se congregaban los pobres, pero dejaron abiertos los casinos, donde se puedan emborrachar los poderosos; persiguieron el desnudo en el arte escénico, pero no en los bailes aristocráticos donde las honestas matronas exhiben el turgente tentador seno.

¿Qué más? hicieron del mando arma legal de la estafa y del peculado medio económico para reforzar sus haciendas. El monopolio, la subvención, la empresa financiera, el Banco, la Bolsa, todo se ha puesto á contribución, mientras el pueblo emigra desesperado y hambriento. Es verdad que el confesor está para eso, para tapar tantas iniquidades con un *ego te absolvo*, y á última hora la bula de composición todo lo arregla y lo subsana.

La moral del clericalismo impuesta á sangre y fuego, el fariseísmo triunfante que nos contagia como una peste y que ha de acabar con España como acabó con sus Colonias, podridas por la inmoralidad de sus administradores y de su burocracia, de sus frailes y de sus defensores.

Antes que se cumplan las profecías de Castaños: «los franceses hasta el Ebro, los ingleses hasta el Tajo y los demás al badajo», hagamos que repique la campana del somatén, y frailes, monjas, jesuitas, obispos, devotos, cofrades y quien los defiende y ampara que vayan con su moral celeste á explotar, si los dejan, á los cafres africanos; que aquí hemos resuelto morir con honra antes que vivir con vilipendio.

CANTACLARO

Hierro en bruto

Si parte del hierro de las minas de Vizcaya se subiese á las manos en la forma que yo me sé, ya estaría roto el cerco puesto por curas y frailes á la invicta villa. Y cuenta que esto de invicta villa es una figura retórica; pues mientras los bilbaínos se dejan vencer por los clericales, vencidos estarán y, sobre vencidos, humillados.

No les faltan procesiones, *Te Deums* y acordonamientos de tropa que cubra la carrera, acorralando á los curiosos en los portales de las casas, como si andar por la calle cuando la obstruyen ciertos pezuños fuese un delito. Además de estas plagas, ya va el hambre invadiendo aquella que pudiera ser opulenta región.

En Baracaldo seis mil personas (gentendéis bien lo que significa esta denominación, frailucos?) fueron en manifestación para pedir al Ayuntamiento la rebaja del pan, que anda por las nubes, y la recibió un ordenanza por estar la corporación municipal en pleno... joyendo misa!

Pan barato demandaban hombres, mujeres y niños; el pan de cada día, el que se consigna en vuestro «Padrenuestro», el que se os entra por las bocazas á montones, con

otras cosas de más sustancia, sin estuerzo alguno de vuestra parte para disfrutarlas.

Donde vosotros estais está la miseria; sois como los árboles chupones que no permiten planta en derredor. Ni siquiera os compadecéis de esos niños y niñas que piden pan, sabiendo como sabéis, sin duda alguna, que muchos de ellos os tocan muy de cerca.

Pero como los cánones os mandan abandonar padre y madre (de los hijos no se habla, pero se da por entendido), seguidis indiferentes á todo lo que significa humanidad, cuidándoos de engordar la panza vuestra y de algunas feligras á quienes estáis agradecidos por sus atenciones.

La culpa de lo que ocurre ahí la tienen los hijos de Vizcaya, pues quitados algunos liberales, los demás no tienen hierro en la sangre ni en la mano, ni siquiera en las heramientas de su oficio.

Hay mucho hierro en Vizcaya, pero en bruto.

FILOSOFANDO

Los buitres.

Encontrábase un viejo buitre en una desnuda prominencia con su esposa y su hijo al lado, al que estaba instruyendo en las artes de la vida de los buitres y preparándole con su discurso para el último adiós que iban á darse ante los montes y los cielos.

—Hijo mío—decíale—apenas necesitas mis instrucciones, porque has tenido mis hechos delante de tus ojos; me has visto arrebatar de las granjas las aves domésticas, apoderarme del lebratillo en los matorrales y del cabrito en las praderas, y sabes, por lo tanto, cómo debes fijar las garras y sostener el vuelo cuando vayas cargado con la presa. Ya recuerdas cuál es el alimento preferido por nosotros, pues con frecuencia te he regalado con carne humana.

—Decidme—interrumpió el joven buitre—¿dónde puedo encontrar al hombre y cómo he de conocerle? Su carne es, ciertamente, el natural alimento del buitre y el más delicioso. ¿Por qué nunca llevásteis un hombre entero á nuestro nido?

—Es demasiado corpulento—dijo la madre;—cuando encontramos un hombre, solamente podemos arrancar sus carnes y dejar sus huesos sobre la tierra.

—Puesto que el hombre es tan grande—dijo el pequeñuelo,—¿cómo lo matáis? Tenéis miedo al lobo y al oso, y, sin embargo, os atrevéis con ellos. ¿Está acaso el hombre más indefenso que una oveja?

—Nosotros no tenemos la fuerza del hombre—contestó la madre—y algunas veces dudo hasta de que poseamos su sutileza.

—Los buitres no podríamos regalarnos con su carne—continuó el padre—si la naturaleza, que lo entrega á nosotros, no lo hubiera dotado de una extraña ferocidad que jamás he observado en ningún ser de los que viven en la tierra. Manadas de hombres se reúnen, se encuentran, estremecen la tierra con espantoso ruido, se lanzan unos sobre otros y llenan el espacio con las llamaradas del incendio. Cuando adviertes esto, emprende tu más ligero vuelo hacia aquellos lugares, y verás la tierra cubierta de sangre humeante y de cadáveres, muchos de éstos descuartizados y magullados ya, para mayor contentamiento de los buitres.

—Pero después de haber matado su presa—dijo el discípulo,—¿por qué no se la comen? Cuando el lobo mata una oveja, no consiente que el buitre la toque hasta que él está satisfecho. ¿No es el hombre una especie de lobo?

—El hombre—dijo la madre—es el único animal que mata lo que no devora, y esta cualidad le convierte en un bienhechor especial de nuestra especie.

—Pues si el hombre sacrifica nuestra presa y la deja en nuestro camino, ¿por qué trabajar nosotros?

—Porque el hombre—replicó el padre—permanece algunas veces tranquilo y se retira á su caverna. Los viejos buitres te dirán que debes vigilar sus movimientos cuando los veas reunirse como una bandada de cigüeñas; entonces ten por seguro que van á exterminarse, y que bien pronto te regalarán con carne humana.

—Quisiera saber la causa de sus mutuas carnicerías. No me explico ese afán de matar lo que no les ha de servir de alimento.

—Hijo mío—dijo el padre;—es esta una pregunta á la cual no puedo contestarte, aunque estoy reputado por el pájaro más sagaz de las montañas. Cuando era joven solía visitar frecuentemente el nido de un buitre viejo que vivía en las rocas de Carpetán; él había hecho muchas observaciones, conocía los lugares que suministraban alimentos alrededor de su nido, y se había alimentado año tras año de las entrañas de los hombres; y su opinión era que los hom-

bres tenían sólo la apariencia de seres vivos, pero que en realidad eran vegetales con la facultad de moverse; y que así como las ramas de un roble chocan entre sí agitadas por la tempestad á fin de que el cerdo engorde con las bellotas que de él caen, así los hombres son impulsados unos contra otros por poder inexplicable para que los buitres puedan nutrirse. Otras cosas se han observado en el plan y la política imperante entre estos *dañosos* seres; y los buitres que los han visto más de cerca pretenden que hay en cada *manada* uno que dirige á los demás y parece como que se deleita con sus grandes carnicerías; es á menudo el más fuerte ó el más astuto, y demuestra por su vehemencia y diligencia que es, más que ningún otro, amigo de los buitres.

SAMUEL JOHNSON

A un presbítero de Puente Genil le ha tocado la lotería en gordo.

Buena ocasión se le presenta para ejercer la caridad cristiana que tanto predicán los curas.

A él no ha de faltarle la gracia de Dios, ni las yerbecillas evangélicas.

Pero, ¿qué no da nada? Me juego la primera mitra vacante contra un solideo simple á que no suelta un cuarto ni para las amas de cría que hay en Puente Genil con derecho á la beneficencia clerical.

Santa humildad

Cuando se presencian hechos como el que yo vi, se comprenden todas las rebelías y todos los actos de violencia.

Pasaba una procesión. Los clérigos castigaban con sus berreos inarmónicos los oídos; la circulación quedó interrumpida todo el tiempo que tardó en pasar aquella legión de fanatizados llevando cirios y medallas. Como bestias de carga resollaban los portadores de peanas con santos grotescos. Se *mascaba* el sabor á cera y algodón quemado.

Y mientras estos señores cruzaban las calles incomodando á todos, haciendo ostentación en mascarada risible de un culto que á muchos no agrada, de una religión que pocos á conciencia profesan, un pobre arriero tuvo que detener en una boca-calle sus bestias cargadas en espera de vía libre.

La gorilla dejaba quieta sobre su cabeza. Un ministro del Dios de la humildad le ordenó descubrirse, y como no lo hiciera, se la arrancó violentamente, arrojándola al suelo.

Le ví temblar, no de miedo, sino de indignación, y barbotó una injuria, pero no tuvo tiempo de más; un guardia, un garantizador del orden le agarró por la solapa, y con los *suaves* modales que acostumbran se lo llevó á la prevención, dejando marchar tranquilo y victorioso al clérigo irascible, al cura insultador que empezó á salmodiar un cántico en honor de Aquel todo bondad, humildad y paciencia.

Hoy acabo de saber que ha sido procesado por desacato á la religión, y que el fiscal le pide un mes y once días de arresto y una multa de 50 pesetas.

Si no se autorizasen esas exhibiciones fuera de los templos, no ocurrirían casos como el que refiero. Cuando los republicanos salimos en manifestación, previamente autorizada, ¿obligamos á los que no comulgan en nuestras ideas á descubrirse? ¿Pues por qué obligarnos á saludar con reverencias lo que nada significa para nosotros?

Esta libertad de los clericales, esta intolerancia de la Iglesia, durará sólo hasta el día que nosotros los imitemos y tapemos las bocas insultantes con el manotazo contundente. Porque con esta chusma sólo se puede discutir de ese modo. A porrazos.

Calatayud.

LUCIANO PASTOR

Estado espiritual del clero español

Sr. D. José Ferrándiz.

Querido amigo: El artículo de D. Pedro Crespo sobre *Los curas liberales*, me induce á tratar con todo rigor científico y con la claridad que me sea posible, una serie de cuestiones de *Psicología eclesiástica*, de las cuales aquel artículo es magnífico programa. Ruegole á ustedes que se sirvan hacerme las observaciones que les ocurran para llevar á perfecta definición estos graves problemas, cuya transcendencia política, social y económica iremos viendo oportunamente.

En la carta anterior quise hacer ver cuán cerca están de ser amigos nuestros los que llamamos enemigos, por estarlos trabajando ó inclinando hacia nosotros la poderosa fuerza natural del instinto moral que tarde

ó temprano recobra en la conciencia el vital que le fué arrebatado.

No menos cerca de nosotros les coloca, y no con menor impulso les arrastra á nuestro lado, el que llamaré sintéticamente *trabajo espiritual*, por comprender una gran serie de sentimientos y de fenómenos psíquicos, comunmente llamados espirituales, sobre cuyo estudio desearía que fijasen la atención todos cuantos tratan de materias clericales.

Al hablar de *trabajo espiritual* ó psíquico, está claro que aludo á los clérigos que son capaces de él, excluyendo á todos aquellos para quienes el estado clerical es un simple estado fisiológico, y cuyo desarrollo psíquico, ya sea por defecto de origen, ya por atrofia del organismo cerebral, ó ya por inversión de la sensibilidad, á veces hace dudar de si constituyen el tipo psíquico intermedio entre el hombre y sus progenitores, que buscaba Haeckel. Con gusto analizaría el origen, constitución y desarrollo de esta *ceguera* psíquica particular del clero y del pueblo fanático, si no resultase una digresión más propia de una revista científica. Hagamos caso omiso de éstos y hablemos de los *conscientes* y *conscienciables*, dando el nombre de *conscienciables* á la facultad de reformar por reflexión lógica la conciencia precedente.

Estos sujetos, por punto general, entran en plena capacidad reflexiva espontánea á los treinta y cinco años, pudiendo las circunstancias particulares del medio interno ó externo, anticipar ó retrasar esta *pubertad* racional, que, á semejanza de la otra *pubertad* física (cuya aparición modifica el organismo y la sensibilidad, transformando de aspecto la vida física), modifica esta sensibilidad espiritual y transforma las impresiones que las ideas causaban anteriormente.

Los que no han pasado por esta *crisis del alma* difícilmente podrían apreciar la gran tragedia que van á presenciar con la siguiente descripción analítica.

En esa edad convergen sobre la mente reflexiva el pasado y lo futuro como dos interrogantes que piden ser puestos en iluminación. El pasado compónese de dos fases: el de las bellas teorías, seductoras como dardas mariposas, y el de la realidad, en la cual han ido perdiendo el polvoriento brillo las alas de los ensueños; época de estudios y época de experiencia ministerial en la cual han sido acrisolados aquellos ensueños y traducidos á la prosa real las artificiosas estrofas. La Vida revélase en toda su grandeza y desnudez: el individuo se siente colocado de cara ante el Espacio y el Tiempo, que le obligan á formularse estas tres preguntas: «¿De dónde vengo? ¿Quién soy? ¿A dónde voy?»

Y hé aquí la serie de respuestas que da la sensibilidad en su lenguaje psico-fisiológico y que yo me limito á traducir á idioma comprensible para los profanos.

El pasado para este sujeto es una existencia ni conocida ni buscada ni intentada, y en la cual se halló colocado por esa Mano, que por no tener ley fija visible llamamos *Fatalidad*, ó si se quiere, *Providencia fatal*. Tan fatal como la existencia, fué el nacer en España y en el catolicismo: estas tres fatalidades completamente extrañas al individuo, penetraron en el cuerpo del español católico sin que éste pudiese prevenirlo ni evitarlo, infiltrándole impresiones é ideas determinadas, las cuales una vez dentro de él obraban como máquina de reloj, produciendo determinados sentimientos y tendencias, tan fatales como las ideas é impresiones madres, y éstas tan fatales como su infiltración y como su energía lógica, y éstas tan fatales como la nacionalidad, el bautismo y la existencia. A aquellas inclinaciones y sentimientos se llama *espontaneidad* y se llaman *espontáneos* sus movimientos, para ocultar la mano extraña que los infiltró diluidos en ideas é impresiones, como fué imbuído el germen que luego *espontáneamente* produce el antrax ó la úlcera. Esta *espontaneidad* le es, pues, tan fatal como la misma existencia; esta *espontaneidad* le llevó fatalmente al Seminario donde aquellas tendencias fueron cultivadas con cultivo expreso, arraigándolas más y más y encarnándolas más y más en el individuo hasta formar ese nuevo órgano motor llamado *convicción*, en la cual esconden su mano los dos mil teologastros de veinte siglos, que han logrado formar esta especie de *cuerda perpetua* que enseñan al reloj á andar solo y á darse cuerda á sí mismo. Esta *convicción*, adornada con flores y perifoneos de todas las artes estéticas y morales, le lleva al ministerio, que ejercita con celo de novicio y con candor de angel... hasta que llega esa *Edad fatal* también, que viene á reaccionar y analizar esas fatalidades pasadas.

Y entonces el sujeto descubre que, sí, tiene un cuerpo, pero que dentro de ese cuerpo viven y funcionan los artistas aquellos y aquellos maestros que han segregado la *convicción*; que en el niño no vivió él, sino que vivieron las ideas é impresiones de otros; y así, encadenadas una con otra esa serie de fatalidades, se halla *clérigo*, viéndose en el pasado como un simple testigo de la irrupción que en su organismo han hecho los otros en formas fisio-psíquicas, para establecerse dentro de él y convertirle en instrumento. Es *clérigo fatal*, entrado en el sacerdocio de pies, de cabeza ó atravesado, pero siempre bajo el impulso de la fatalidad interna y de la presión externa.

¿Qué venía á buscar en el ministerio, con ese desasosiego y carrera de quince años fatales? El no pensaba hallar esta *pubertad viril* y esta Reflexión implacable. El vino corriendo en busca de la «satisfacción y orgullo» de ser apóstol de la Verdad de belleza inefable y siempre nueva; el «placer moral» del sacrificio por una causa la más santa y humanitaria; la «ventaja del privilegio social» que le había de colocar en clase sobrehumana y angelica; y, por último, la dulce tranquilidad de una rentecilla progresiva, según los méritos y virtudes. Esto vino á buscar y esto le prometió con toda suerte de juramentos la Iglesia, poniendo de testigos la ley divina, la sangre de Cristo y la seriedad de los cánones; y de la certeza y fiel cumplimiento de esta promesa jurada salió garante el Estado español con el honor de la Corona, con la formalidad del Estado, empeñados y comprendidos en el deber tutelar de la Patria sobre sus hijos.

Con ambos juramentos y garantías, solemnes y explícitas, el padre bautizó al hijo, le inscribió en el registro de españoles, le doctrinó, le llevó al Seminario, y el hijo se ordenó, aceptando los deberes á trueque de estos derechos.

Lleva diez años de ministerio, y la Reflexión le obliga á confrontar la experiencia con la teoría, que le servía la escritura de pacto; y de esta confrontación resulta sensible por todas las vías de los sentidos internos y externos, que es falso que él esté tranquilo en el cumplimiento de su deber y en el ejercicio de su derecho, pues á diario surgen ejemplos de varones virtuosos perseguidos de muerte y arbitrariamente; que es falsa la *renta*, reducida á una habilitación *siempre pendiente del arbitrio* del superior, y que no le da seguridad al solo día; que es falso que se le reconozca *derecho alguno*, pues la Iglesia no conoce sino para ella los *derechos adquiridos* y los *daños ocasionados*, y no se considera ligada por deber alguno divino ni humano. Y ahí está el Estado asegurando esta *independencia* y rebeldía canónica con la fuerza de sus cánones y con la inhibición de los tribunales. La integridad ministerial, la fama pública y el sustento del clérigo dependen totalmente del arbitrio de un prelado, que ora se llamará Escudero el necio, ora Sancha el ladino, ora Salvador Barrera el altruista, ora Cascajares el magnánimo, ora Guisasa la el atolondrado... La rapacidad, atolondramiento, especulación, discreción ó necesidad de estos artefactos políticos son el único principio, ley, sustento y vida del eclesiástico.

Si al darse cuenta de esta situación donde brillan por su ausencia la justicia, la dignidad y la caridad, le entra temblor viendo perdida aquella tranquilidad material, sintiéndose esclavo negro que ha de danzar la danza canónica bajo el látigo de estas *disciplinas*, y trata de consolarle de esta desilusión con el *privilegio y honor social*, ahí le espera el cuadro vivo, de verse hecho arlequín de la aristocracia, camarero de fatuas damas y de negros usureros, que le encargan confeccionar la misa como á la criada mandan confeccionar el chocolate, que le utilizan para vertedero de inmundicias espirituales como se sirven del basurero para las otras inmundicias. Y si por este lado véase hecho lacayo de los lacayos, al pisar la calle enuéntrase hecho el tipo «antipático» odiado del pueblo como holgazán forzoso, como parásito social y como vil instrumento de la burguesía; y para acabar de entenebrecer esta situación, el Estado, convertido en apache de la Iglesia, por virtud de ese contubernio llamado Concordato, le declara expulsado de todo cargo cívico, y sin valor académico sus estudios, tratándole como extranjero; le expulsa *a priori* del Congreso, equiparándole al criminal insolvente; le cobra el tributo de sangre y de dinero, y le expulsa del derecho de ciudadanía y le constituye en estado anfibio entre los brutos y el ciudadano, le niega el derecho á constituir familia, le castra para la paternidad, declara monstruosos como hijos de enuoco sus hijos, y todo esto á perpetuidad, convirtiendo el *carácter* en marca de hierro infame é indeleble. La sociedad, cortesana del Estado y de la Iglesia, confirma ese *privilegio de parias* irredimible.

El miserable aparta la vista de ese panorama monstruoso para él y que le hace á él monstruo para los demás, y enciérrese dentro de sí mismo y escarba su conciencia para embellecer el horizonte de su vida con aquellas llamas de deleite moral, contemplando la hermosura y grandeza de su sacrificio. Mas allí se encuentra que aquella conciencia de antes no es suya ni órgano suyo, sino tumor formado por las ingestiones ajenas; y del fondo de ese tumor brota él, su verdadero sér, la esencia de su vida, ese instinto indestructible que atraviesa los tiempos y los espacios, que con lenguaje silencioso de temblores y sacudidas, de abrasamientos y congojas, contrae por fuerza sus músculos y le hace abrir los párpados y fija sus pupilas para hacerle ver que ha sacrificado la niñez pasada entre ideas de muerte, y la juventud invertida en masturbación cerebral; que ha sacrificado una esposa repudiada antes de ser conocida y blasfemada calumniosamente; que ha sacrificado sus hijos devorados por la fiebre orgánica de la reabsorción; que está condenado á vestir un uniforme manchado con la sangre de mil crímenes, convertido ante la

fantasía popular en presidiaria hupa y en símbolo de barbarie; que se le ha hecho renegar impiamente de la Santa Madre Naturaleza para llamar Madre á Esa cuya única ley es el repudio de los hijos inútiles y la explotación de los aprovechables para sus pasiones secretas; á Esa que le ha arrancado de los brazos de su legítima madre para secuestrarlo, devorar su juventud con el fuego de una mística lujuriosa, alejarlo de la familia, y apoderarse, con perjuros, de su confianza, hasta hacerse dueña de él de modo que por un capricho pueda ahorcarlo en esa piqueta pública llamada *Boletín Eclesiástico*, donde se estrangula la personalidad social y económica que envuelve la vida física y espiritual, escribiendo, para colmo de la bafa, el *inri* escarnecedor de «hijo pródigo é ingrato» á quien la Iglesia robó la hijuela natural, social, cerebral y moral, para, una vez consumado el despojo y deformada la figura humana, lanzarle al arroyo cargado de dolor por dentro y vestido de ignominia por fuera. Y aquel INSTINTO que aprendió lógica y moral en la escuela eterna del Universo, prorrumpe terrible con esta conclusión: «¿Es falso! mi sacrificio no es santo, sino inmoral; no soy mártir, sino suicida; no soy héroe, sino víctima; aquí no hay honor, sino deshonra; *jergo erravi!* Sin derecho á la vida física, sin derecho á la vida social, perdida para siempre la ilusión de la santidad, ¿en dónde estoy?»

Y huyendo de su propio instinto, invoca con gritos la ciencia teológica para que venga á socorrearle, con el resplandor de la Verdad, mas ¡ay! que aquellas teorías infantiles se desvanecen ante el análisis del varón; el seductor argumento tráfucase en repugnante argucia; la erudición pasa á ser montón informe de papeles inútiles; inconsistencia de razones, falacias retóricas, garulería de charlatán, efectismos de cubiletero, y en suma total, un arsenal de infolios para envolver, enterrar, falsear é invertir la simplicidad del Evangelio en cuya semilla y tronco han sido ingeridas las iniquidades todas, y que pone á la vista del hombre reflexivo esta sentencia: «¿Es falso: el ministerio cristiano es la inversión de ese ministerio eclesiástico.» Y ahí aparecen en contraste Cristo clavado en la Cruz desnudo clamando con rostro desengañado de agónico: «¡Sed Tengos!», y el Pontífice sonriente paseando á su derredor en hopalandas, dándose aire con el abanico sagrado, llevando sobre el gorro este título: «vicario de Cristo»...

Entonces es el desgarrarse la conciencia gritando como loco: «¡mi niñez! ¡mi juventud! ¡mi esposa! ¡mis hijos! ¡mi libertad! ¡mi vida social! ¡mi Cristo de caridad y de justicia! ¡mi Redentor!»

Y ahí siente clavarse en la garganta la zarpa de la Iglesia y oprimirle la voz con las uñas del Hambre, de la Difamación y de la Ignominia; y por delante de ellos pasea el centinela del Estado, armada la bayoneta, para que nadie estorbe la estrangulación, y más allá, gobierno y Curia, entre carcajadas dicen á la víctima: «Vete, si quieres; nadie te retiene aquí; nadie te forzó á venir; di que te hemos engañado y el mundo dirá contra tí que tú, con tus farsas, nos has engañado á nosotros... Miserable; ¡eres libre! Te hemos castrado, envilecido, mutilado y deformado; puedes usar libremente de este patrimonio que te dejamos...»

«¿Es esto posible y justo?» — pregunta imprecante la víctima al Universo. Y el Universo balancease en su balanceo, diciéndole tranquilamente:

«Esta injusticia es la justicia legal de España y de la Iglesia... Es la hijuela de los hijos del pecado engendrados contra la Santidad de la Iglesia y contra la perfección de su ley... que es ley del reino. Fatalidades!»

He aquí la trágica odisea que se realiza silenciosamente dentro de ese organismo llamado *eclesiástico español*, en cuya sotana conviven desde este momento en lucha feroz y encarnizada, el clérigo, y el hombre encadenado al clérigo como Prometeo á la roca del suplicio. La razón Teológica y la razón del Instinto van á discutir en adelante en ese departamento cerrado, vomitándose uno sobre otro la blasfemia, la execración y el insulto.

A cada movimiento que el clérigo imponga al sér, rugirá enfurecido el Hombre; á cada triunfo del Instinto, rugirá maldiciones á Teología. Como dos serpientes enroscadas entre sí y enemigas de muerte, dentro de la sotana se agitarán estos dos seres, hasta que el uno exterminie al otro, quedando el vencido enroscado al cadáver del vencedor, y teniendo que soportar los hedores de la putrefacción cadavérica. Esta es la *Disciplina eclesiástica* y la *ley del Estado español* reducidas á la práctica viviente.

Cada uno de estos párrafos llenaría muchos capítulos de profunda Psicología analítica que describiré en libro especial.

El lector profano, sobre este rápido bosquejo, puede comprender y explicarse el estado *energuménico* de tal complejo psíquico. Todas las manifestaciones del clérigo hallan su razón ahí. El carácter deprimido del que lleva uno de los dos cadáveres; la agitación furiosa del loco predicador que

trata de antosugestionarse á sí mismo; el misántropo que se lanza á apóstol de esa *misantropía* de la posteridad y á la antropofágica predicación de la virginidad para esterilizar las fuentes de la vida; el desmoralizado que, por una reacción judaica y por un fenómeno biológico de adaptación, convierte en ventajas para sus vicios anestesiadores de la dignidad, las ignominias del estado; el vertiginoso apóstol que busca en el trabajo impropio el olvido de su situación; el frenético asceta que legitima con la creencia de la santidad el suicidio lento por esperar en la muerte el término de esta lucha feroz; el hipócrita que con las exasperaciones de un lado oculta las acciones y deseos contrarios; y sobre todo el jesuita artero que, por un hábil retorcimiento de ideas y frases, remueve los sentimientos contrarios á los que parece dirigirse... todos los actos grandes y pequeños, morales ó inmorales, radican ahí, en esa duplicidad psíquica que constituye el clérigo y particularmente el clérigo español, de figura ética, «antipática» según Crespo; complejísima, según el Psicólogo.

Hemos de terminar el cuadro. He aquí, amigo mío, el triste vivir de los mismos que se llamarán *enemigos* nuestros. Cada uno de ellos lleva un *clérigo* enemigo y un *hombre* amigo. La ley de nuestra defensa es relativamente fácil; la del ataque es más difícil, pues debe consistir en herir al *clérigo* sin dañar al *hombre*, que vienen enroscados entre sí y en continuo movimiento giratorio.

Podríamos comparar esta situación á la del padre que ve á su hijo en manos del asesino; que al disparar contra éste se expone á matar su propio hijo, y que ve que de los golpes recibidos por el asesino, éste toma venganza en la criatura indefensa. Si nutrimos al hombre, ¿cómo evitar que se nutra el clérigo? Si extenuamos al clérigo, ¿cómo lograr que no quede extenuado el hombre? Si destruimos al enemigo y al amigo, nos hacemos tan perversos como la Disciplina...

He aquí la *singularidad* de nuestra campaña, que no es de destrucción sino de *redención*, y que se resume en esta frase: «La Iglesia en el clérigo ha matado al hombre; nosotros debemos resucitar al hombre y hacerle dominar al clérigo.»

S. PEY ORDEIX

El mal ejemplo

Un tipógrafo anticlerical, y por tanto incrédulo, soez, borrachín é inhumano, la emprendió á tiros con un hijo suyo en Málaga.

El hijo, como educado por tal padre, é imbuido en las perversas doctrinas del periodico EL MOTIN, al que estaba suscrito, correspondió en igual forma: á balazos.

Es natural. ¿Qué puede esperarse de esa gentuza que no va á misa, ni confiesa, ni comulga, ni tiene cerca de sí quien le dé buenos ejemplos, y además lee EL MOTIN?

Lo que ocurrió: que se liasen á pistola el padre é hijo, procurando darse muerte como perros rabiosos. ¿Qué razón tienen los beatos al condenar ciertas doctrinas!

Pero ahora caigo en que no fueron un obrero anticlerical y su cachorro los desnaturalizados contendientes. Fueron el cochero del obispo y su hijo. El del cochero, no vayamos á confundir...

Tienen la palabra los moralistas católicos y pueden ir entrando por la puerta falsa que acabo de abrirles.

La verdadera caridad

Quéjase el doctor Ruiz Albéniz de la indiferencia de los ricos hacia los enfermos pobres, y pide, en nombre de la Caridad, una limosna para sostener un sanatorio benéfico. El compasivo doctor, indudablemente, desconoce que los pudientes tienen otras cosas en qué ocuparse. La limosna, en las clases acomodadas, no es un acto caritativo, ni mucho menos. La limosna, repartida á la salida de misa, es un acto de exhibición como otro cualquiera, tendidizo, las más de las veces, á demostrar una piedad que no existe. ¿Para qué pedir compasión á las damas aristocráticas? Nuestras bellas y elegantes aristócratas sólo saben patrocinar beneficios y recolectar alhajas para donar coronas costosísimas á las vírgenes y proveer los roperos de los santos de moda. La necesidad del pobre les es tan perfectamente desconocida, que cuando algún desgraciado muere de inanición á las puertas de un establecimiento «benéfico», regentado por religiosos, se encogen de hombros y murmuran: «¡El vicio lo ha matado!» Los que disfrutan de todo, ¿cómo van á saber que hay hambre y miseria en el mundo? El hambre para ellos, es algo inventado por los menesterosos, y que no tiene vida en la realidad. Los bonos de media peseta de San Vicente de Paul y los establecimientos benéficos en donde se solicita la entrada con quince días de antelación y poniendo en juego grandes influencias, la han matado.

Para obtener socorros de esas hermosas damas que se gastan una dinerada en llevar

con lujo perros éticos, hay que apelar á los recursos heroicos. La súplica en los periódicos no supone nada. ¿Quiere el doctor Ruiz Albéniz obtener limosnas abundantes? Busque una dama titulada que patrocine, sin dar nada, por supuesto, su idea, y calle sabiamente el alejamiento de los frailes del Sanatorio. Pero de otro modo, no. El manto de la religión en estos casos supone mucho. ¿Cree el sensible doctor que sin religión puede sanar un enfermo? ¿Qué impedirá! Repare en esas señoras que cuando encuentran un huérfano muerto de hambre lo primero que le preguntan es si ha confesado y comulgado. La confesión y la comunión, para ahitar un estómago desfallecido, son los remedios más eficaces que se conocen. Y no es que las damas elegantes carezcan de sentimientos; es que no pueden consentir la pérdida de un alma. Sentir, sí; consentir, jamás. San Bernardo les advertía ya el pecado del consentimiento. «Non nocet sensus, ad consensus.» ¿Cómo quiere así el doctor Ruiz Albéniz que dejen vivir sanos de cuerpo y de alma á los que no están suscritos á dos ó tres Asociaciones y no confiesan una vez al mes por lo menos? Imposible. Las elegantes que pertenecen á Asociaciones religiosas saben que la impiedad causa más víctimas que la miseria.

Desde que Malthus expuso sus teorías de que los pobres y los débiles no tienen derecho á la vida, las damas caritativas comprenden que la muerte es un acontecimiento afortunado para los pobres. Una limosna cuantiosa es una crueldad, porque prolonga durante algún tiempo un suplicio atroz. ¿Y quiere Ruiz Albéniz que contribuyan al sostenimiento del Sanatorio? Nunca. Hay que dar un céntimo ó dos á la salida de misa, para demostrar que las ideas religiosas inspiran los grandes desprendimientos y para dar ejemplo á los incrédulos. Pero más, no. Las limosnas de valía se dejan para edificar iglesias. ¿Qué se consigue con socorrer pobres? Nada. ¿Y qué se logra con alzar templos? La extensión del culto. La diferencia, como se advierte, es beneficiosa para la Humanidad. Dios únicamente entra en el corazón humano y auxilia á los mortales cuando se le llama por medio de ruegos formulados ante el santo de moda. ¿De qué modo lograr así algo positivo en favor de los pobres? Yo se lo digo francamente á Ruiz Albéniz: dejándolos morir de hambre y comidos por la escrófula y por la tuberculosis. La limosna no puede aprovecharles para nada positivo. Todo lo más, para quitarles las esperanzas de una salvación eterna. Vale más que pidamos para construir templos y para regalar coronas á las vírgenes y mantos á los santos de nuestro agrado. Esta es la verdadera caridad y la única que aprovecha á los menesterosos, á los enfermos y á los hambrientos.

ANGEL RODRIGO

El monopolio de la muerte

ALORA. — Un obrero solicitó del párroco que el clero acompañase el cadáver de su esposa al cementerio. El párroco se negó porque el obrero no tenía las 77 pesetas que importaban los derechos parroquiales. El cadáver fué conducido al cementerio sin clero y en hombros de varios compañeros del viudo. A las veinticuatro horas el párroco mandó exhumar el cadáver y que lo llevaran á la iglesia para cantar un responso, y así se hizo.

(Los periódicos.)

Mientras á la Iglesia se le deje mangonear el matrimonio y la muerte, ó sea el lecho conyugal y el féretro, estará como el pez en el agua y se reirá de cuantos ataques se le dirijan.

¡El matrimonio! ¿Qué rico filón, y cuán ópimos son sus frutos para los eclesiásticos! Parecía natural y lógico que, siendo el amor una cosa tan individual, íntima y privada, no existiera poder alguno en la tierra que fuera osado á ponerle diques, trabas y cortapisas. Y, sin embargo, así fué; donde no debía intervenir más que la voluntad de los esposos, apareció la Iglesia metiendo al sacerdote en la alcoba conyugal para que regulase á precio de arancel las caricias, los abrazos y los ósculos, señalando cuándo son lícitos y cuándo no, levantando muros entre los cuerpos, que se derrumban al contacto de un puñado de monedas. La humanidad pasó por esta vergüenza, que de tal modo inoculó la Iglesia, que son muy contadas las personas que tienen el valor de prescindir de la bendición sacerdotal en sus enlaces.

El tesón de la Iglesia sobre este particular radica en que el matrimonio produce, palabra brágica ante la cual esta señora pierde la brújula y sacrifica el pundonor y la vergüenza. Un sencillo contrato natural se vio elevado á la categoría de *sacramento*, acompañado del espantoso ejército de expedientes, dispensas, impedimentos, proclamas, divorcios, ritos, y un vasto articulado de arancel, según sea de primera, segunda ó tercera clase.

No prescindirá la Iglesia del matrimonio aunque la maten; es una de sus conquistas más preciadas y más productivas. Si la cosa no produjera, tendría muy sin cuidado á esta gran explotadora el que los hombres se casaran á estilo perruno.

Pues siendo tan rico venero el matrimonio para rellenar los bolsillos sagrados, no tiene comparación con el que representa la muerte.

Del término de la vida, de la anulación del ser, de las cenizas frías de un sepulcro, ¿quién hubiera soñado en hacer granjería? La Iglesia, que ya empezó vendiendo los nichos de las catacumbas a los primitivos cristianos.

Viene el hombre al mundo, y sale a recibirle la Iglesia con el chapuzón del bautismo, le agrega al redil de Cristo, no por celo, sino por los derechos que marca el arancel, y de aquí en adelante el mortal no podrá dar un solo paso sin que ella le salga al encuentro y le diga: «Eres mío; tengo jurisdicción sobre ti.» Desde aquel momento se agarra como una lapa, y ya no suelta a sus agregados, lo mismo que marchéis de acuerdo con ella que en rebeldía. Si lo primero, os traerá frito con sus sacramentos, misa, procesiones, obispos y curas; si lo segundo, os cubrirá de excomuniones y anatemas, y os llamará a boca llena apóstata y renegado. De todos modos siempre la llevaréis encima, guiándoos con su látigo hasta que cerréis los ojos, que tampoco os deja, pues os señala la tierra donde ha de ser sepultado vuestro cadáver y, más todavía, pretende seguirlos en vuestro vuelo a través de los misterios de ultratumba, fijándoos tres residencias definitivas: el cielo, el infierno y el purgatorio, y aun de esta última ella tiene poder para arrancaros con sus preces y sus indulgencias.

Si tal es su formidable potencia, ¿quién osa indisponerse con ella? Traficante sin pudor alguno, ella comercia con ese vago terror, con ese instinto del más allá que anida en todo pecho; la muerte es una esfinge muda que todavía no ha revelado a nadie su secreto; sólo la Iglesia pretende poseer la clave de este misterio formidable, que presenta despojado de dudas y sombras, tan claro, preciso y sencillo, que el rebaño humano se echó en sus brazos sin recelo.

Del miedo a la muerte surge el poderío de la Iglesia; y al adjudicarse ella su monopolio, clavó sus anclas en la fibra más sensible del corazón, siempre débil con lo sobrenatural, con lo incógnito.

Santificando ella los cementerios, las tumbas, elevando sus catafalcos y mausoleos, doblando lúgubremente sus campanas y salmodiando sus cánticos en torno de un cadáver, las conciencias angustiadas y pusilánimes creen tener sobradas garantías para emprender con seguridad el último viaje, que empieza con la recomendación del alma y el viático, sigue en un montón de tierra bendecida y perdura a través de años y siglos con preces, misas, aniversarios e indulgencias, que apagan las llamas del purgatorio y abren las puertas de sus lóbregas mazmorras.

Uno de los puntos vulnerables de la Iglesia, entre los muchos que poseo, y quizás el más importante, es el cementerio, del cual hay que despojarla, y por consiguiente de su monopolio irritante de la muerte. El cementerio, como suprema mansión de todos, debe ser neutro: ni católico ni civil, ni laico ni sagrado; allí deben desaparecer en absoluto todas esas diferencias que en vida nos traen en perpetua lucha a los humanos; ante su puerta deben retirarse todas las religiones, todos los credos y todos los partidos. La tierra no es sagrada ni maldita; es tierra únicamente, es el último y sincero abrazo con que la Naturaleza nos vuelve a su seno. Esas ignominias de la intransigencia amasada con el interés, como la realizada por el cura de Alora, deben extirparse en absoluto.

Allí donde la muerte puso su silencio augusto no debe tolerarse el canturreo del histrion católico, que lanza ayes planideros y renueva airado las osamentas, porque la debilidad de todos le ha hecho creer en la existencia de un monopolio macabro.

FRAY GERUNDIO

Barcelona, Junio 1909.

Clericalismo titiritero

Un garibaldino de la piel del diablo puso a la hora de morir en un aprieto a su sobrino Angel (cura párroco de Fossa, Italia), nombrándole heredero, por cantidad de 50.000 duros, con la condición expresa de que cargase al mismo tiempo con una hermana, un papagayo y un mono que acompañaron en vida al difunto.

Lleno de incertidumbre Angel, consultó el caso con sus superiores y aceptó. Desde luego, los cincuenta mil duros, ó más bien la renta, se destinó al socorro de los pobres, fingidos ó no fingidos (ya sabemos cómo lo guisan los *padres*), y el humilde siervo cargó con la hermana del testador (tía suya), con el papagayo y el mono.

Pero aquí viene lo bueno, lo interesante del conflicto. La tía viste siempre de encarnado, color luto garibaldino, es decir, luto pontifical, porque recuerda a los papas y demás gente de Iglesia el fin del poder temporal; el papagayo está siempre repitiendo: ¡Abajo el Vaticano! ¡Viva Garibaldi! Y el mono atrapa cuantos bonetes de cura encuentra, se los pone y parece talmente un clérigo como muchos que vemos por ahí.

Figuráos la que se armaría en Fossa, entre la gente beata. ¡Qué escándalo, qué irre-

verencia! Intervino el obispo de Aguila y sustituyó al cura Angel con un canónigo.

Ya parecía todo arreglado, cuando los mismos vecinos, que tiene perdida la chaveta y les dió por la vena contraria, se trasladaron a la residencia episcopal, protestaron, silbaron, cogieron al cura Angel, a la tía, al papagayo y al mono, se los llevaron a Fossa en un carro y echaron de la parroquia al canónigo, instalando nuevamente al mono, al papagayo a la tía colorada y al Angel.

El obispo, furioso, solicitó el auxilio de las autoridades, sin resultado.

Lo contrario que ocurrió aquí en la provincia de Orense.

S. M. la Masa

Cuando no hay con quién pegarla, se recurre al socorrido tópico del vulgo, y a la inocente multitud, a la ingenua masa se le cuelga el sambenito y se la declara en seguida inculta, exenta de espiritualidad, sorda y ciega a toda clase de grandezas, a toda suerte de honduras sentimentales.

Y sobre todas estas consideraciones, harto peregrinas, se alza todo un tinglado de puerilidades y se demuestra que la masa no gusta y aun repugna de la originalidad, y que sólo recibe y acepta con gusto lo mediocre, lo que está a tono con su pensar y sentir. Y se aducen al efecto, ejemplos candorosos, los ejemplos que siempre abundan para probar todo lo que se quiera probar. Wagner y Schopenhauer sirven para el caso. La multitud se duerme oyendo un ruido grandioso del músico alemán. La masa bosteza si se le recita un capítulo de la filosofía endemoniada del superhombre de nuestra juventud. La multitud, por eso, es incapaz de sentir nada grande. Y es verdad. Si la masa, si la plebe fuese culta y espiritual—como hoy se entiende esto,—aun cuando no comprendiese a Wagner y Schopenhauer y le enojase la grandeza del ruido y el embrollo de ideas filosóficas al alcance de todo el mundo, aplaudiría sin saber lo que aplaudía y demostraría compenetrarse de la profundidad de cosas que no entiende.

El pobre vulgo lo paga todo. Como no es hipócrita y como desconoce la suprema elegancia de hacer creer que le interesa lo que le aburre, que es grande lo que le hace dormirse y que le conmueve lo que no produce en él ideas ni sentimientos, no tiene perdón de Dios. Esto sólo basta para dudar de su cultura, de su espiritualidad y de su delicadeza. Si la plebe se regocijase con los juegos malabares y trocace en dioses a los hombres que hacen buena la paciencia de los chinos fabricando verdades filosóficas, reglas artísticas y juguetes espirituales, entonces no se recusaría su fallo. Mas como no es así, sus juicios no suelen merecer mucho crédito a los cultos, a los capaces de descubrir, solitos, genios, sabios y héroes a la vuelta de cada esquina, ignorados de todos, inadvertidos a la Humanidad. Y si para llegar a esta conclusión es preciso negar la verdad, lo cierto, se niega, y en paz. Si es necesario prescindir de lo que se ve y se toca, se prescinde, y todos conformes. Poco importa que todas las grandes obras que hoy se conocen, que ahora son tan de actualidad como hace cien años, sean todas ellas populares, obras de la multitud, y que se dé el caso de que todos los grandes hombres que pasan sin envejecer al través de los siglos sean ídolos de la multitud. Eso no debe tomarse en cuenta por los capacitados para librar cédula de inmortal al autor que más le guste.

Las últimas averiguaciones realizadas con sin igual fortuna por un escritor hispano, dan como seguro que la multitud sólo acata las obras, las acciones y los hechos que están a la altura de su nivel intelectual, mediocre desde la creación del mundo hasta nuestros días, y no acepta la originalidad. Contra esta seguridad, a esta certeza podrían oponerse otra seguridad y otra certeza: que todas las obras mediocres que han gustado a la multitud, que la masa hizo suyas, son las grandes obras de los grandes hombres, las que no mueren nunca; y que aquellas que rehusó la multitud, el vulgo, pueden ser y son, seguramente, obras excelentes, pero no inmortales, ni de las que encajan en todas las épocas y responden al sentir y pensar de todos los tiempos. Los dioses, los héroes, los sabios, los artistas y los poetas del vulgo, por rara casualidad, son los grandes dioses, los grandes héroes, los grandes sabios, los grandes artistas y los grandes poetas de la Humanidad. Lo que el vulgo no hace es creer en las flores de un día ni en los sentimientos y pensamientos a la moda. Tribunal supremo de la gloria, sus fallos son inexorables, y suele equivocarse mucho menos que los cultos, que los espirituales y que los delicados...

GUSTAVO

Gritos de odio

La Iglesia estaba casi a oscuras. La peste del incienso, mezclada con la de la cera y esa otra indefinible é inexplicable que se siente en las iglesias, hacían la atmósfera pesada y casi irrespirable.

En medio se levantaba un catafalco ro-

deado de cirios, y sobre él un cadáver lujosamente ataviado, cubierto de condecoraciones, yacía, revelando en su rostro, a pesar de la inmovilidad que imprime la muerte, un conjunto de malas pasiones. Debíó haber sido aquel hombre un ser ruin y despreciable. Su vista hacía brotar el odio.

Los curas salmodiaban a su alrededor ese canto llano que parece una evocación a los gusanos del sepulcro y una llamada a los pobladores del Averno.

Una multitud se apiñaba en la nave central, y, como presidiendo aquella asamblea congregada alrededor de un muerto, sobre el altar mayor, clavado en la cruz, se levantaba la macerada y sangrienta imagen del Cristo.

Y de aquel conjunto de gentes haciendo genuflexiones cada vez que se movían los curas que cantaban, si aquello era cantar, los rezos de difuntos y las luces que chiporroteaban pestilentes y agonizantes, se desprendían miasmas que pesaban sobre el cerebro, visiones de pesadilla y pensamientos de calentura.

*Judeo ergo cum sedebit
quid quid latet aperabit
nihil inultum remanebit.*

murmuraban los sacerdotes, y los reflejos de la luz parecían imprimir al cadáver sacudimientos de terror.

Luego cargaron el ataúd sobre un lujoso coche, marcharon todos en pos de él, apagaron las luces y sólo quedó una lámpara macilenta ardiendo delante del Crucificado.

Los dependientes del templo hicieron salir a los rezagados y cerraron las puertas con estrépito.

Yo seguía oyendo zumbir en mis oídos la pregunta desesperada del *Dies ire*: ¿*Quem patronem rogaturus?*

Y fui también al cementerio. Un suntuoso monumento esperaba al cadáver, tan salmodiado en la iglesia, tan adulado después de muerto.

Me aparté con asco de aquel pestilente lodo moral y fui a otro patio destinado a los pobres, a los desheredados, a los que Jesús llamó sus hermanos. Allí había otro cadáver y otra fosa abierta esperándole. Era el de un niño.

Al terminar los sufrimientos de su agonía, la muerte le había arrancado una sonrisa que había quedado fija en sus labios. Su traje era pobre, su acompañamiento pobre también.

Recordaba mis hijos y besé la frente del muerto pensando en los vivos, y acudí a mis ojos una lágrima que no me cuidé de enjugar.

Cuando salía del cementerio, uno de los del séquito del cadáver de la iglesia dijo mirándome:

—Acaso alguno de los muchos a quienes favoreció el difunto, que le llora recordando sus virtudes...

Miré con desprecio al que así hablaba. Después supe las virtudes del difunto.

Rico, inmensamente rico, jamás enjugó una lágrima; poderoso, nunca prestó su apoyo al débil, y amontonó el oro é hizo brotar a su paso la miseria y las lágrimas, sin que la compasión conmoviera su alma marmórea, ni la voz del deber resonara en su corazón. Y vivo, le aduló la sociedad; y muerto, le bendecía la Iglesia, y el arte le construía monumentos.

La primera de las virtudes—pensé—para esa Iglesia y para esa sociedad es la riqueza.

Y sentí como una oleada de asco que venía a envolverme.

J. AMBROSIO PÉREZ

Memorias de un jesuita

Bienaventurados los ricos

Paseaba yo una mañana por las frescas arboledas que eran ornato y salubridad del antiguo castillo de Poyanne, convertido en convento jesuítico.

La mañana era espléndida; el sol había rasgado las nieblas que el Adour condensara; las flores, cargadas de rocío, como dama orgullosa que se cubre de joyas, exhalaban perfumes penetrantes, y los pájaros entonaban lo que algunos llaman himno al Creador, y no son más que explosiones de la alegría de vivir y de amar.

—¡Qué bien he hecho de abandonar el mundo—me decía—qué felicidad tan sin acibar, qué cielo tan sin nubes los que se disfrutan en la vida religiosa! ¡Cesó la horrible lucha por la existencia! ¡Ya no hay que emprender aquella cacería, mucho más difícil y peligrosa que la del oso blanco, la del duro necesario para comer y dormir bajo techado! Es verdad que aquí no se disfrutan las dulzuras del cariño de hermanos ó de amigos; pero, en cambio, reina la caridad cristiana, que es la más noble de las virtudes.

Abstraído en tan consoladores pensamientos, acerquéme a la portería y empecé a oír unos gritos desgarradores, llanto amargo, gemidos que, a no dudar, tenían por causa un dolor profundo.

Llegué cerca del sitio donde tales lamentaciones se oían y vi una mujer con el pelo blanco completamente, la cara surcada de arrugas y el aspecto de campesina de las

provincias vasco-españolas. Habíase sentado en el mismo dintel de la puerta, y con voz entrecortada exclamaba:

—¡Hijo de mi alma! ¡yo que he venido andando tantas leguas por verlo y ahora resulta que me he de volver sin conseguirlo! ¡Yo quiero morirme aquí, al lado de la casa donde sé que está él! Y la pobre madre lloraba de modo que hubiera conmovido el corazón más duro.

—¿Por qué llora usted de esa manera?—la pregunté:

—¡Ay, padre!—dijo ella;—haga que yo vea a mi hijo, aunque no sea más que un momento y me doy por contenta.

—¿Quién es su hijo de usted?

—El hermano Antonio, que entró en la Compañía hace seis meses.

—Le conozco muy bien. ¿por qué no le puede usted visitar?

—No lo sé. Me ha dicho el hermano portero que los novicios no pueden recibir visitas. He insistido y todo ha sido inútil.

—Espere un momento, que puede ser que al fin vea usted a Antonio.

—¡Hágalo por Dios, padre mío; hágalo por Dios y por la Virgen!

Rápidamente me dirigí al cuarto del padre rector, el cual me recibió con gran amabilidad, como acostumbra a hacerlo. Le expuse el motivo de mi visita, y, sin dejar la sonrisa expresiva y el aspecto benévolo:

—Es usted muy sensible—me dijo—y un tanto romántico. El espíritu de la Compañía es un espíritu que excluye toda sensibilidad, y, por lo tanto, ha de irse acostumbrando a tener un poco más duro el corazón.

—Pero es que esa pobre mujer ha andado muchas leguas para llegar hasta aquí.

—Bueno, esas mismas tiene que andar para volver a su casa, vea ó no a su hijo.

—Y ¿por qué no ha de verlo?

—Porque no conviene que los novicios reciban visitas de sus familias.

—Me parece, sin embargo, muy duro...

—Repito que es usted muy sensible.

—Supongo que se avisará al novicio de que está ahí su madre.

—En eso no hay inconveniente; así veremos la firmeza de la vocación que tiene el nuevo jesuita.

—¿Quiere usted que sea yo el que se lo diga?

—Como usted quiera.

—Voy en seguida.

Entré en el noviciado, hice una seña al hermano Antonio para que saliera al claustro, y allí le dije sin más preparación:—Su madre de usted está en la portería.—Ni un músculo de la fisonomía del joven se alteró. —El padre rector no da permiso para que usted la vea.

—Pues hace muy bien, porque aunque lo diera yo no lo utilizaría; estoy decidido a no admitir visitas de parientes, como lo recomienda el libro del P. Rodríguez.

—Quédese con Dios, puesto que en tantas disposiciones se encuentra.

Confieso que desde aquel momento empecé a sentir odio hacia el tal hermano. No tuve valor para decir a la infeliz madre lo que ocurría y mandé al portero con el cruel recado.

Al poco tiempo, aquel que a mí me parecía un miserable, era nombrado inspector ó bedel de los novicios y colmado de elogios y confianzas de parte de los superiores. Se trataba de un jesuita de grandes esperanzas.

Unos tres meses habían pasado cuando el alegre ruido de cascabeles, fustas y gritos de postillones anunciaron la llegada de una diligencia, que traía, seguramente, viajeros de Dax a Poyanne.

A la hora del recreo llamó mi atención un grupo de señoras elegantes y de caballeros que, rodeando a un novicio, paseaban, charlando ruidosamente por la huerta. Me dijeron que era la familia del hermano José María, familia riquísima de Andalucía y dueña de una célebre ganadería de toros bravos.

Aquellos señores, no solamente visitaron a su pariente, sino que en casa almorzaron, comieron, y no durmieron porque encontraron más cómodas las habitaciones del hotel.

El día que se marcharon, vi al padre rector, al ministro y a varios otros reverendos, bonete en mano y deshaciéndose en reverencias y zalemas ante los ricos ganaderos.

No hice un comentario, pero mi pensamiento voló a la pobre madre vieja, pobre, viajando a pie, adorando a su hijo y sin poder abrazarlo. Y como resumen de mis ideas exclamé:

«¡Bienaventurados los ricos!»

GIL BLAS DE SANTILLANA

EL DOMINGO EN MADRID

Pues señor, hoy no hay oficina; puedo hacer lo que quiera durante todo el día. ¿Dónde voy? Son las doce de la mañana y hace un día espléndido. ¡Cómo estarán las calles! ¡Qué de mujeres bonitas! ¡Qué de gomosos ridículos! ¡Qué animación! ¡Qué alegría! La calle de Alcalá, sobre todo, será un torrente de colores, encajes, plumas, fletros y figuras encantadoras.

Vamos allá. Me colocaré en la puerta de las Calatravas, esperaré la entrada en la iglesia de alguna muchacha que me guste, y a su lado cumpliré el dulce precepto de oír misa.

¿No lo decía yo? La acera de las Calatruvas está como nunca de animación. ¡Vaya un lujo que se gasta el pueblo de Madrid! Las *toilettes* femeninas y masculinas que se ven han debido durar de dos á tres horas.

Se perciben emanaciones de flores, de heliotropo y de violeta; se oye crujir de seda al par que murmullo de charlas y de risas; suena la campana anunciando el comienzo de una misa. ¿Con quién la oigo? Con aquella rubia del vestido de gasa azul y boa de plumas blancas. ¡Qué mujer tan hermosa! Parece de la aristocracia. ¡Bendita sea la iglesia que me permite estar veinte minutos al lado de esta diosa de la hermosura y la elegancia! ¡Qué perfume exhala su persona! ¡Qué mona está de rodillas y leyendo en el devocionario de piel de Rusia! Pero me parece que mira de soslayo á aquel pollo que se ha puesto al otro lado de la iglesia. ¡Qué mal gusto tiene si es novia de ese feto! Nada, pues efectivamente le mira y se sonríe! ¡Vaya un papel que estoy haciendo! Con ésta no logro nada. ¡Si hubiera otra por ahí de buen ver! Aquella de los ojos negros parece que me mira y se sonríe. No cabe duda, es á mí. ¡Toma, si es Anita, la que conocí en la cena de Fornos! ¿A qué vendrá á misa esa gente? Es verdad que todos los que venimos lo hacemos por entreteener un rato agradablemente.

Está cada vez más guapa esa Anita. La saludaré con la cabeza. ¡Hola! el pollo, mi rival afortunado, ha acertado la distancia con la del azul vestido. Está estratégicamente colocado detrás, de modo que le ve la hija y no la madre.

Todo el mundo se agita, se arma gran estrépito de arrastrar sillas y reclinarios; es que van á alzar. Doblabamos una rodilla. El pollo se ha hincado de rodillas, pegadito á la rubia de la gasa.

¿Qué es esto? Ah, es Anita, que se ha venido á mi lado! Decididamente está monísima. Se repetirá la cena de Fornos.

Suena la campanilla. El cura levanta en sus manos la hostia consagrada. A ese cura me parece que le conozco yo. ¿Dónde lo he visto? Sí, es el que estaba tan alegre la otra noche en la Viña P.

Vuelve á sonar la campanilla. ¡Mira, mira! El sistemito pone una cartita en manos de su adorada, y ella la coge aprovechando la postura reverentísima en que se ha colocado. Anita, en vez de mirar al altar, me mira á mí. ¡Qué chiquilla!

Un repique de campanilla anuncia que se acabó la parte más esencial de la misa.

Pienso que Jesucristo, al ser levantado en manos de sus ministros, no debe quedar muy satisfecho de los frutos que ha producido su doctrina.

Dijo: «Bienaventurados los pobres» y todo el mundo se apresura á hacerse rico, ó por lo menos, á parecerlo.

Dijo: «Haced penitencia» y ¡cuidado que se divierten los cristianos! Ya se acaba la misa.

El novio no se separa de la rubia ni á tres tirones. ¡Qué juntos van saliendo! Yo me pegaré á Anita. ¡Benditas sean las apreturas y las misas de doce y media!

Anita á mi oído: «Adiós, hombre. Adiós, Anita».

—¿Qué te vas á hacer hoy?

—No sé, digo, si; espérame en Fornos y almorzaremos juntos.

—Bueno, allí te espero.

—Adiós.

—Adiós.

Ya estoy otra vez en la calle de Alcalá. La rubia ha desaparecido.

—¡Hola, Pepe!

—¡Amigo Luis!

—¿De dónde vienes?

—De misa.

—¿Tú oyes misa?

—Claro es, como todo el mundo.

—Parece mentira que tengas esos fanatismos.

—Sí, señor; soy católico, apostólico, romano.

—Con tu pan te lo comas; yo soy librepensador. Opino que las prácticas de toda religión deben suprimirse.

—Opino todo lo contrario. Creo que sería un mal gravísimo que se suprimieran.

—¡Así está España! Con gentes como tú, presas en las cadenas de la reacción.

—Sin la religión, sin la oración en el templo, sin la misa, las sociedades se pervertirían.

—Vaya, chico, hasta la vista; veo que eres incorregible.

—Adiós, Luis; ya sabes que se te quiere y se desea tu conversión.

—Mi amigo me da un apretón de manos y se va corriendo. Va á la redacción á pasar-se la tarde escribiendo en un periódico impío.

¡Pobrecillo! Cuando se muera irá de patitas al infierno después de haber estado trabajando toda su vida.

—¿Cuánto más cómodo es cumplir los preceptos de la Iglesia, oír misa y... luego irse á almorzar con Anita!

UN SACRISTÁN MADRILEÑO

Remitido

POR REUS

Véome precisado á manifestar y hacer público que en el artículo de *Fray Gerundio*, publicado en EL MOTIN el día 10 del actual,

al tratarse del paso por Reus del diputado carlista Sr. Mella, se cometen exageraciones é inexactitudes que por el buen nombre de esta ciudad liberal y republicana no podemos dejar pasar sin rectificar, para que sepa España entera—pues toda España lee hoy EL MOTIN—que nuestra ciudad no ha abdicado de sus ideas y continúa siendo de abolengo rectamente republicana y liberal hoy como ayer.

Es inexacto que miles de personas, en la estación de Reus tributarán á Mella una estruendosa ovación cuando el tren entró en aguias, porque á recibir á dicho diputado fueron poco más de un centenar de católicos y carlistas, en su inmensa mayoría menores de edad; pues viéndose los carco-carlistas locales tan pocos, llevaron á la estación, para que el acto no resultase frío y desanimado, á todos los alumnos de la escuela del Centro católico y los del colegio de unos padres, creo llamados del Corazón de María, en cuyo edificio hospedóse el Sr. Mella; y con todo esto no llegaron ni con mucho á ¡doscientos!

Nos place además sentar, en honor á la verdad, que Reus ha tenido y tiene á raya á ese elemento cuya potencia y organización políticas lamenta *Fray Gerundio*, gracias á que Reus no entró en la barraganía indecente llamada Solidaridad catalana, que no fué más que un semillero de carlistas y catalanistas, y la muerte del partido de Unión republicana en Cataluña.

Y ¡oh desencanto! *Fray Gerundio*, que hoy lanza al viento sus lamentos por la preponderancia del carlismo en Cataluña, hubo un tiempo en que fué solidario.

¡Oh versatilidad humana!

LÚMEN

Exceso de celo

Hay en Avila un fraile á quien algunos liberales apellidan loco porque dispara desde el púlpito, como todos los de su especie, mil majaderías contra las ideas modernas, contra todo lo constituido y por constituir.

Pues yo no le considero loco, sino sencillamente bruto, y fraile, que es algo más. Todos los suyos disparatan lo mismo y son, como él, unas arañitas para sus casas.

Mientras no se dediquen á cavar la tierra con un azadón y prodiguen el fruto de su trabajo entre los pobres que no pueden trabajar, seguiré creyendo en su malicia, mas no en su locura.

Ese de Avila me resulta algo simpático por una buena condición que tiene: la de espantar con sus disparates á cuantos van á oírle.

Si todos fuesen como él, ya no habría un borrego en el aprisco clerical. Muchos clérigos y muchos animales estropean lo que adoran ó necesitan, por exceso de celo.

ANDANDO POR MADRID

De todo un poco.

—Mi querido D. José; vengo tarde y... con daño. ¿Podrá usted creer que no se me ocurre nada para la crónica de esta semana?

—Amigo Pérez. ¿Ha conseguido usted ya ver á Madrid como una población modelo?

—Ya no hay automóviles que atropellen, tranvías que estropeen los pavimentos, frases soeces dirigidas á señoras por mozaletas que estudian ciencia sin haber aprendido cultura?

—Sí, señor; todos esos son temas interesantes, pero tienen carácter de permanentes y usted quiere una nota de actualidad.

—La semana pasada se inauguró el Puente Verde; diga usted algo de eso.

—Del Puente Verde más vale no hablar. Ha sido una plancha horripalante.

—¿Para los ingenieros?

—No, señor; para la administración. Figúrese usted que después de terminada la obra no se puede pasar.

—¿No tiene resistencia?

—Excesiva; pasaron tres apisonadoras á un tiempo y tres carretas cargadas de piedra. Es que impide el paso un propietario á quien no han podido expropiar aún. Esto define nuestra administración. En un año ha podido el ingeniero bajar á 3 ó 10 metros el cauce del río, fundar sus apoyos, construir los arcos, terminarlo, en una palabra, y la administración no ha podido escribir media docena de papeles. Ciencia, voluntad y trabajo ejecutan, la tradición contiene, y el Estado contempla. El, que ejerce la suprema autoridad.

—Busque usted asunto en la prensa diaria. La *Correspondencia* publica una sección de *Cómo se vive en Madrid*, que puede proporcionarle tema.

—En asuntos municipales lo único que podría sacar de esas crónicas es un modelo de bombo. Todo está bien, las calles, los paseos, los árboles, las aguas, las alcantarillas... Por cierto que no me explico por qué la redacción del periódico les permite firmar los artículos encomiásticos á sus autores, quitando con ello importancia á la sección y al periódico, porque el que conozca algo la casa de la Villa verá que los firmantes cobran del presupuesto municipal, y... ¡qué me-

nos han de hacer que defender los garbanzos!

—Diga usted algo de la banda municipal.

—Tampoco. Ha sido un éxito; y como su iniciación se debe á los republicanos, podrían decirme aquello de: ¿quien alaba á la novia?

—De la sesión de ayer sábado.

—Como sesión no ha sido muy edificante, y si es por el asunto batallón, menos. El alcalde tiene la obsesión del arreglo de casas viejas é inservibles. En su otra etapa dió el primer golpe á la casa, hizo una reforma importante y costosa para que se vea mejor que es inservible y ahora trata de echar otro remiendo para dejarlo mal. En Madrid hay pocos edificios que se destinen al fin con que se proyectan, y así tenemos la Escuela de Artes y Oficios convertida en Ministerio de Fomento, conventos hechos cuarteles ó hospitales, palacios de Bellas Artes, cuarteles; y hasta un frontón, ocupado por militares.

El ahorro del ochavo justificando el gasto de un duro. Si sumamos lo gastado en el otro arreglo, lo que cuesta la casa vieja que se acordó ayer adquirir, lo que costará su arreglo, y se compara con su utilidad, veremos que después de gastar unos cuantos millones no tiene Madrid más que un caserón viejo recompuesto, por Casa municipal.

Por el contrario, si vendiera el actual edificio, los dos de la calle Mayor y algunos otros tan malos ó peores, amén de algún solar en buen sitio, no sería difícil reunir 15 ó 20 millones de pesetas haciendo un palacio municipal digno de la capital de España.

Y en cuanto al sitio, no es tampoco difícil de elegir. Tomando la manzana entera de Relatores, Progreso, Conde Romanones, Concepción Jerónima y Atocha, y prolongando y ensanchando la calle de Carretas, desde la Puerta del Sol, se vería la Casa del Pueblo elevando su torre como símbolo de vigilancia sobre toda la población. Eso sí; habría que cuidar de que no se les encargase á los que fundaron el monumento á Alfonso XII, emplazado frente á una magnífica avenida, la de las estatuas, pero descentrado de tal modo, que desde este paseo no se ve; á los que hicieron la monumental puerta de entrada al paseo de coches del Retiro, en una calle estrecha que ha exigido poner en curva el encinado de la acera opuesta para que puedan entrar los coches, huyendo de construirla frente á la calle de Velázquez en que la misma puerta hubiera resultado sumamente tosca; á los que pusieron la escalinata de entrada por la calle de la Lealtad impidiendo el paso de coches por esta avenida...

—No siga usted, porque he pensado que, con transcribir esta conversación, ya hay crónica; y si tiene usted aún, como parece, mucha materia, podremos poner como en los folletines: «Se continuará».

JUAN PÉREZ

De aquello, ¿qué?

Han procesado al obispo de Burdeos por excitar en una pastoral á sus feligreses al incumplimiento de la ley de separación.

Ventajas de las repúblicas sobre las monarquías.

Si aquí se procesase á un prelado, toda la grey se pondría á balar desesperadamente, y á ladrar los canes, y á cachiporrear los demás pastores.

Allí no se ha movido la punta de una oreja. Un obispo empapelado ¿qué importa á Francia?

Pero en España están trocados los papeles ¿procesar á un obispo?... Señor ídem, de Orense; y de aquello, ¿qué?

¡PAN!

Hé aquí una palabra que oculta toda la historia de la miseria; palabra sencilla que, pronunciada por un mendigo, es la elocuencia más aterradora del hambre, la desesperación y el dolor; palabra que contiene el llanto, la desnudez y hasta el suicidio.

No hay un eco semejante al que oís de boca de un anciano mendigo, aplastado bajo las torturas de la vida, que se apoya en el báculo, lleva al hombro una bolsa de lienzo, y suplicante os dirige sus ojos velados por sombrías lágrimas, diciéndoos: ¡pan!

No hay un eco semejante al que oís de boca de un joven macilento y decrepito, un pobre joven que llega con la osadía de la necesidad hasta el gabinete donde están adormecidos los señores, mendigándoles trabajo, que equivale á esta palabra con sangre: ¡pan!

¡No! No hay eco que imite los gritos despiadados de la miseria, que sin hallar consuelo se cubre las rodillas maltratadas, se echa encima los harapos, y en tal guisa cruza las calles en medio del alegre mundo que ríe. Parece que trata de ablandar el orgullo humano ostentando la carne de sus miserias, ó bien mover los corazones con un sentimiento de lástima.

Pero no se vence al mundo con poner de manifiesto su humillación. Un mendigo que se presentara en medio de una fiesta á pedir pan, sería echado á palos; un hombre que demandara un empleo, merecería otro

tanto; á una mujer honesta que pidiese un vaso de agua, se le exigiría en pago su honor.

Y el harapo humano, desposeído de orgullo, debe caer, sumido en su nada, al lugar de las inmundicias, para rascarse con un casco el pus del cáncer abierto por todos sus dolores; ó si siente hervir su sangre rebelde, debe de refugiarse en las tinieblas para amasar en la soledad el plan siniestro de la venganza. Si se humilla en el polvo, se hace un mártir; si levanta su frente, un criminal.

No es extraño, pues, que el brazo que se alargaba tímidamente en las sombras demandando una limosna, se hace airado con el puñal homicida y compra al precio de una vida un mendrugo de pan. La flera humana, cuando está hambrienta, eriza las crines, se muerde de rabia, ruge potentemente, estira su zarpa y destroza una cabeza. Nada más espantoso. La flera ya no pide; husmea, va colérica, huele el rastro, enseña los dientes, lucha contra toda la naturaleza, y tiene su banquete salvaje en su tugurio á la claridad de los carbones encendidos.

Hay que pensar en esa flera.

JOSÉ M. VÉLEZ

INSCRIPCIÓN APROPIADA

Una piedra monumental indicaba en Buitrago que en aquellos parajes se permitía pastar á los ganados, con la siguiente inscripción:

Ad alenda pecora.

Los ediles, nada filólogos, trasladaron la piedra del prado á una fuente, y el señor cura dice que está muy bien.

¿He dicho una fuente? Es un abrevadero.

Y ya se ve clara la intención: sentenciosa del cura: bestias y fieles beben allí; considéralos á todos como animales, y bien está; pasten, abreen ó beban, la rotulata se halla en su punto. Y el cura en su centro natural.

Culto primitivo

Una iglesia pequeña, un hipódromo grande, muchos aficionados á las carreras de caballos, pocos devotos; un cura listo y desprecupadote, la ocasión, el hipódromo convertido en templo; la tribuna de la prensa, en altar; el éxito de la temporada; muchos pies religiosos en la pista donde trotan los solípedos...

Bueno, señores periodistas; ¿á qué asombrarse, á qué escandalizarse, á qué gastar tinta y dinero en telegramas para una cosa tan sencilla, tan natural y corriente?

¿Que ha ocurrido en Barroscostón (Inglaterra)? Pues como si hubiera sucedido en Echarríaranaz (España). Los curas en todas partes son así, lo mismo el culto, la codicia, los pies de caballos, los pies religiosos, los hipódromos grandes, las iglesias chicas, y la ocasión, y el éxito.

¿No nació Jesucristo en un pesebre entre la mula y el buey? Pues me parece lo más natural del mundo que sus ministros oficien en un hipódromo y hasta que se rocen con los animales. Es lo único que conservan de la primitiva humildad cristiana.

Cimientos deleznales

Los conventos se levantan en España sobre cimientos de huesos, los huesos de los sacrificados en las guerras promovidas por el clericalismo y los de las multitudes muertas de hambre á consecuencia de las ruinas que dejaron esas guerras; así como la cal y la arena se amasan con las lágrimas de las madres y los hijos de las víctimas.

Y con esos materiales y sobre esos cimientos no pueden alzarse edificios que desafián al tiempo. Un soplo de viento de justicia bastará para echarlos por tierra.

Confiamos en que será en breve y preparémonos para cubrir de sal el terreno que ocupan.

CARTAS

Y

DEDICATORIAS

POR

JOSÉ NAKENS

Tres pesetas

A los suscriptores directos de EL MOTIN se les dará á dos pesetas.

El importe en libranzas del Giro Mutuo, de la Prensa, letras, ó sellos de Correos.

SECCIÓN AMENA

En honra de los ladrones

Yendo un padre misionero a una población de la Mancha, se encontró con una cuadrilla de salteadores.

Tal encuentro no le asustó, sin embargo, por la sencilla razón de que no llevaba consigo un real; pero los ladrones, poco satisfechos al ver que nada habían recogido, dijeronle:

—Amigo, aquí nadie pasa sin pagar tributo, y hasta los pobres lo dan; no es justo que se haga una excepción en favor de usted.

—¿Y qué es lo que los pobres dan en pago? —Cada uno lo que tiene—respondió el capitán de la cuadrilla.

—En ese caso estoy a vuestra disposición. Uno de los ladrones pidió permiso para hablar.

—Propongo—dijo—que ya que el padre no tiene otra cosa, nos pague con un sermón.

—Aceptado—gritaron a una voz los bandidos.

El jefe se sonrió y dijo:

—Esa era exactamente mi idea. Queremos un sermón en elogio nuestro.

El padre, viendo que no le quedaba otro recurso, subióse en el tronco de un árbol cercano, y teniendo por auditorio a los ladrones agrupados en derredor, comenzó el exordio:

«Amigos: no puedo honraros mejor que comparándoos con Cristo cuando andaba por el mundo. Este será, pues, el tema de mi sermón.

Nuestro Salvador padeció mucho; vosotros también padecéis, teniendo que andar siempre fugitivos.

Trataba con escribas y fariseos; vosotros os estáis mejor relacionados.

Sufría a menudo la lluvia, el viento, el frío o el calor; vosotros andáis lo mismo, a la intemperie.

De todas partes le dirigían injurias; otro tanto sucede con vosotros, cuya existencia no puede ser más ignominiosa.

Cristo andaba descalzo; vosotros muchas veces no tenéis calzado.

No llevaba dinero consigo ni joyas preciosas; vosotros no poseéis hacienda.

Tenía sólo la túnica que llevaba; vosotros sólo tenéis esa ropa.

Fue tentado por el diablo; vosotros también lo sois continuamente.

Ayunó cuarenta días en el desierto; vosotros a veces no tenéis qué comer.

Fue trasladado a lo alto de una montaña; vosotros también subís a menudo a las montañas para espiar a los pasajeros.

Tuvo hambre y sed; vosotros sufrís muchas veces las mismas privaciones.

Los judíos buscaban ansiosos la ocasión de perderlo; la justicia hace todas las diligencias para teneros a mano.

Judas lo vendió; tal vez entre vosotros haya alguno que os traicione.

Fue preso y atado; vosotros también lo seréis algún día.

Respondió delante de Herodes, Pilatos, Anás y Caifás; vosotros compareceréis ante vuestros jueces.

Fue azotado; también vosotros habéis de sufrir malos tratamientos, si ya no los habéis sufrido.

Fue crucificado y colocado entre dos ladrones; vosotros subiréis un día las escaleras del cadalso.

Descendió a los infiernos; también vosotros iréis por allí.

Después subió a los cielos; pero vosotros nunca lo veréis ni por el forro, porque viviréis eternamente con los demonios, para cuya compañía os recomiendo al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Amén.

Como se ve, el sermón no pudo estar mejor imaginado; pero en cuanto a lo del infierno, eso fue una solemne mentira, porque si Cristo hubiera entrado en él, jamás hubiera salido. Belcebú hubiera querido vengarse de quien lo arrojó allí y era su encarnizado enemigo.

Ignórase lo que ocurrió después de pronunciado el sermón; probablemente estafaría el fraile algunos reales a los ladrones.

MI IDEAL

Me revienta el que limpio y aseado de persona decente tiene aspecto; me carga el que es amable y circunspecto como cualquier varón bien educado.

Me encoroca el prudente, el mesurado en el hablar, y en la conducta recto, y me fastidia el que al estudio afecto, tiene a gala ser culto e ilustrado.

Ese, en cambio, con pingüe en la sotana, anchura la pata, recia la cintura que realza la cincha o la canana,

grosero sin pizca de cultura, y que tan solo por comer se alana... ¡ese me hace feliz, ese es mi cural!

En el confesionario

—Y dice usted que hace seis años que no se confiesa. ¿Por qué motivo?

—Por prohibición de mi marido.

—Será algún liberalote, ¿eh?

—Sí, señor; es republicano.

—Pues debe usted separarse de él inmediatamente.

—Ay, padre, queriéndole tanto como le quiero!

—Nada importa; procure usted aborrecerle; lo merece.

—Tiembo, además, por usted y por mí.

—¿Por mí? ¿Cómo es eso?

—Es que mi marido es un hombre terrible; le conozco bien y cumple lo que promete. Cuando nos casamos me dijo: «No quiero que te confieses nunca, pues así conviene a nuestra paz doméstica; si algún día me desobedeces, yo lo he de conocer, porque me vendrás con alguna pretensión absurda sugerida por cualquier bribón de so-

tana, y entonces lo mato a él y a ti te doy una buena paliza.» Y lo cumplirá, padre; ¡vaya si lo cumplirá!

—¿Sí, eh? Pues, hija, siento mucho no tener tiempo para confesarla. Levántese usted en seguida; por ahí encontrará otro que la confiese.

Y, abandonando la jaula mística, se dirigió a la sacristía murmurando:

—¡Cara... coles con el marido de la prójima!... ¡Qué bien nos conocen esos malditos republicanos!

Ante un espejo

Empachado de alegría

Canuto, clérigo viejo,

mirábase en un espejo

y entusiasmado decía:

¡Ja, ja, ja!... que rueda el mundo

en la inmensidad fatal

y que se queje el mortal

con acento furibundo.

Yo no me asusto por nada,

ni males ni pena arrosto:

¡satisfacción en el rostro

y gordura en la fachada!

Reposo... resignación...

calma... sosiego... frescura...

Pero... ¡vaya una figura,

por vida de la Pasión!

Estoy macizo... ¡ja, ja!

Y... ¡siga el orbe rodando

y mi fachada engordando

por virtud de Jehová.

(Bosteza) ¡Qué dentadura,

y qué boca, Dios mío!

¡Cuando yo mismo me río

de mi rechencha figura!

(Estornuda)... Se acabó;

que Dios te ayude, Canuto:

yo creo que ningún *bruto*

estornuda como yo.

¡Qué bien me pega el manto!

Mejor me *pega la paga*.

¡Jesús! ¿qué queréis que haga

para enflaquecer?... ¡Qué feo

me pongo cuando me río!

¡Mirádomelo... me estremezco!

A la verdad, yo parezco

en las maneras un *tío*.

¡Ja, ja, ja! Venga jamón,

buena cecina y buen vino.

¡Oh, Jesucristo divino,

qué buena es la religión!

¡Qué satisfacción, qué gusto!...

¡Si yo de nada me quejo!...

¿No e tío viendo en este espejo

lo engrasado de mi *busto*?

Pero ¡cuál se transformó

mi cuerpo!... ¡Jesús, me aterra!

Yo creo no hay en la tierra

hombre más *bruto* que yo.

Hablo en cuestión de engordar, porque lo que es a talento, yo valgo siempre por ciento; ¿dónde vamos a parar!

Nada he escrito, es la verdad; siempre tuve poco seso; soy, en fin algo camueso; soy una calamidad.

Ruede el mundo sin cesar.

¡Ja, ja, ja! ¡Qué tontería, y qué bueno es Dios!... ¡María! ¡Tráeme luego de almorzar.

Y dormiré hasta las dos como acostumbro... ¡Carape, esta vida es un *escape*!... No hay duda... ¡qué bueno es Dios!

R.

En cierta ocasión naufragó un vapor, y un fraile y un aragonés, aferrados a una tabla, después de grandes luchas y zozobras consiguieron llegar a la playa.

—Ya estamos en salvo—dijo el fraile;—pongámonos de rodillas y recemos por estar libres de la muerte, gracias a Dios.

Pero el aragonés contestó:

—¿Gracias a Dios? ¡Gracias a nuestras uñas, ricorral! Que la voluntad de Dios bien conocida estaba.

Acercóse el cura párroco de un pueblo a un feligrés en demanda de un socorro para reedificar la capilla de una iglesia recién desahogada por una chipsa eléctrica, y recibió esta contestación:

—Padre, siento mucho no contribuir; pero cuando su amo la destruye por algo será, y yo no me quiero meter en enmendar la plana a nadie.

Un guasón se acerca a un confesionario y empieza diciendo:

—Acúsame, padre, que soy carpintero.

—Te lo he conocido, hijo, porque me has oído a zoquete.

—No lo crea usted; es que cuando uno se habitúa a los olores propios, cree encontrarlos en todos los lugares y en todas las personas.

EN PRENSA

Mi paso por la Cárcel

POR

José Nakens

Tres pesetas

(FOLLETON 24.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR OFFENBACH

para batirlos, sino para tratar de convencernos de que la autonomía tan espontánea, generosa y oportunamente otorgada era para ellos, lo que fué para los israelitas el maná. Los rebeldes, sin embargo, no se daban a partido; y por fortuna al gran chambelán no llegó a ocurrirle lo que a un emisario suyo, un jefe de ingenieros militares, al cual pasó por las armas el bárbaro cabecilla a quien, en la confianza del conocimiento o amistad que con él tenía, fué a ofrecerle el maná de que ahora se trataba.

Había, pues, en Cuba una autoridad superior enteramente dedicada a embromar autónomicamente a los cubanos, en Washington un plenipotenciario que seguía íntimamente convencido de que como había que tratarlos era, como antes, a tiro limpio, y en Madrid un ministro de Ultramar que, por lo visto, hacía a pluma y a pelo y tenía contentos a los dos. No era fácil que tanto embrollo y tal guasa pudieran dar buen resultado.

Por el pronto, tan entregado a la broma autónómica estaba el general Blanco o tan ampliamente se sentía inclinado a dejarla correr, que no cayó en la cuenta de que, estando aún en armas los rebeldes, el nuevo régimen poco o nada tenía que ver con el especial a que la prensa se hallaba sometida en lo que tocaba al

personal y asuntos militares. Aprovechándose, por tanto, de aquella distracción del gran chambelán reblandecido, dos o tres diarios de la Habana venían dedicándose autónomica y casi exclusivamente a poner como un trazo al gran chambelán endurecido, es decir, al general Weyler, ya ausente y alejado de aquel país.

Ahora bien, mientras aquellos diarios no arremetían más que con dicho general, aunque sus amigos veían con disgusto las diatribas, todo pasó como una seda; pero uno de los periódicos de que se trata, empezó a malhablar de jefes y oficiales, y un día publicó, con motivo del regreso de un capitán a la Península, un suelto titulado *Fuga de canal/as*. Errores unos cuantos oficiales, queriendo castigar por sí aquellos desmanes, fueron contra la redacción del diario procaz, después contra la de algún otro, y así vinieron a producirse los «sucesos de Enero» (1898), esto es, el barullo, agitación y alarma debidos a unos grupos de hombres de color y algunos blancos que se paseaban por las calles de la Habana dando «vivas» y «muertas»; cola postiza que al movimiento de justa indignación de los militares puso alguien interesado en que fracasase pronto y ruidosamente la autonomía, y que probablemente sería algún agente o agentes de los laborantes americanos que venían procurando la ruptura entre España y los Estados Unidos. Aquellos «sucesos» preocuparon, parece que demasiado, al gran chambelán, y así lo revela la escena que con otras cosas de aquel tiempo vamos a relatar en el capítulo siguiente a que pasamos.

CAPÍTULO XIII

DONDE SE PROSIGUE LO MAL QUE A D. PRÁXEDES LE IBA EN EL GOBIERNO, O LO MAL QUE LE IBA AL PAÍS CON EL GOBIERNO DE DON PRÁXEDES.

«Recuerda el lector que Sancho, hallándose de gobernador en la Barataria, inesperadamente oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecía sino que toda la insula se hundía». Pues una cosa muy semejante le pasó al gran chambelán de Cuba con la algarada o algaradas de que hemos hablado en el capítulo anterior. Sólo que en la insula de Sancho los alborotadores, que buscaban al flamante gobernador para que se armase y se pusiese al frente de ellos, lo querían naturalmente todo entero, mientras que los de la Habana dieron al Sr. Blanco la broma, un tanto pesada, de hacerle creer que sólo necesitaban su cabeza. No hay que decir que no nos referimos a los que fueron contra los diarios difamadores de Weyler y de otros militares, sino al paisanaje que con aquella oportunidad se lanzó a recorrer las calles dando «vivas» y «muertas», y éstos principalmente contra el mismo general Blanco, durando este alboroto un par de días.

Que aquel gran chambelán era hombre valeroso, no hay en la monarquía española quien lo ignore; pero hasta qué punto llegó a tomar en serio, quizás no tanto lo que los gritos de «muera el general Blanco!» significaban contra él personalmente, como lo que podían signifi-

ficar contra el orden y seguridad de la isla, puede colegirse de lo sucedido a un coronel que acudió a la capitania o gobierno general una de aquellas dos o tres «noches tristes».

—¡Cuánto tiempo hace que no nos vemos!—le dijo el general, quien añadió: ¡desde que era usted capitán!

Sin embargo, aquella era la primera vez que se veían, pues daba la casualidad de que aquel coronel en su larga carrera jamás se había encontrado con aquel general.

Sea como sea el coronel respetuosamente asistió, entraron de este modo en conversación y hablando estaban, es decir, hablando estaba el coronel, cuando de súbito el general echó a correr hacia el balcón porque se oía trotar de caballos en la plaza de Armas. Era un escuadrón que el gobernador militar, general Arolas, llevaba a ella.

Volvió el gran chambelán al lado del coronel, al que dijo: «continúe usted.» El coronel continuó, pero a poco el general le deja nuevamente con la palabra en la boca porque de nuevo se había oído ruido de tropa, esta vez de infantería.

Cuenta el coronel que, como esta escena le hizo recordar aquella de «La Mascota» entre el príncipe Lorenzo y Fritellini cuando éste quiere leer a aquel la carta paterna, al volver a su lado Su Excelencia estuvo a punto de decirle: —¿Qué era eso, mi general? ¿Algún paje y una dama de honor que se besaban? Pero el natural respeto a la persona y autoridad de Su Excelencia le impidió hacerlo, contentándose con ver por sus propios ojos confirmado lo que ya sabía: que el general Blanco seguía siendo tan

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

El papel carlista *La Verdad* se excede á sí mismo en su lenguaje soez y tabernario.

Llama al gobierno «Junta revolucionaria, y pandilla miserable».

De Castelar dice «que es un vil dictador, un hipócrita, un miserable embaucador, far-sante y embustero, un despreciable charla-tán, un herejuelo de baja estofa que había tratado de deshonrar á ilustres españoles y tenía vendida su conciencia á la sociedad bí-blica de Londres».

Transcribe lo que él llama impío é infame documento que había dirigido al obispo de Jaén el ministro de Gracia y Justicia, y le pone este comentario:

«¡Ay del que no coja el fusil ó ayude de alguna manera á arrojar á balazos á esta si-tuación infame!

«¿Qué dudamos ni qué tememos? ¡Arriba, católicos! ¡A las armas, españoles! ¡A pelear, carlistas! ¡Sonó la hora!

«El que tenga hijos, que los deje; el que tenga mujer, que la olvide; el que tenga ne-gocios, que los abandone. Al campo todos á luchar como buenos contra nuestros tira-nos y contra el liberalismo todo.»

De la prensa dice:

«La prensa conservadora y moderada pue-de ya impunemente morder y manchar con su asquerosa baba las reputaciones más al-tas y la acrisolada honra de la gran comu-nión católico-monárquica; de hoy en adelan-te ya tiene libertad amplia el periodismo li-beral para escupir contra nuestro valiente ejército la inmundicia saliva de la calumnia.»

«Y todo esto se les permitía decir en aque-lla época á los facinerosos de la pluma, he-raldos de los del trabuco!

En cuanto se lancen otra vez al campo, hay que suprimir todo periódico que huela á carlista á quinientas leguas, y dejar que el pueblo se tome la justicia por su mano con-tra el escritor que se desmande.

El que quiera hacer la guerra á la libertad, que arriesgue la piel.

En una junta celebrada en Madrid por los munidores del partido carlista, se acuerda por seis votos de mayoría el restablecimien-to del *Santo tribunal de la Inquisición*, con el plausible objeto de renovar el piadoso y humanitario espectáculo de los tormentos y tostar en autos de fe á los liberales.

Siento no saber los nombres de tan será-ficos varones, para aplicarles, si algunos vi-viesen, sus hermosas teorías el día que la guerra estallase. Ya que la Inquisición es tan buena, que disfrutaran de sus ventajas.

Y precisamente por los días que en Ma-drid acordaban lo que he dicho, en algunos pueblos de Vizcaya, es decir, donde estaba el *Chapa*, se restableció la Inquisición con todas las ceremonias, requisitos, prerrogati-vas y dignidades de sus mejores tiempos.

Al rayar la aurora recorría la población una comunidad de padres inquisidores, can-tando salmodias, y obligando á los vecinos á seguir hasta la iglesia, donde se rezaba el rosario después de celebrada la misa ma-tinal.

Desde las primeras horas de la noche re-corrían las calles diferentes patrullas, man-dando cerrar los establecimientos públicos y retirar á sus casas á los vecinos.

Los bailes eran condenados por heréticos y las funciones teatrales por inmorales, tole-rando tan sólo el juego de pelota.

El tribunal de la Inquisición tenía ya en su poder 85 presos, acusados unos de here-jes, otros de irreverentes, otros de liberales y otros de lectores de libros impíos, y aun-que no se había celebrado todavía ningún auto de fe, se esperaba presenciarlos en breve.

Tengamos esto muy en cuenta, no olvi-dando que el procedimiento que empleaban los cabecillas para exterminar liberales, dife-ría únicamente del de la Inquisición en que era menos hipócrita: atormentaban y quema-ban sin proceso, pero el resultado era el mismo.

Y no olvidemos tampoco que la causa de que los carlistas se echaran al campo en 1827, fué el que Fernando VII, aquel infame que no dió día de descanso á la horca du-rante su reinado, no restablecía francamente el Santo Tribunal de la Inquisición, que ya lo estaba hipócritamente en las llamadas Jun-tas de la Fe; ni que desde aquella época la Inquisición forma parte del programa car-lista.

Como puede verse en un documento fir-mado por Lizárraga, ya en Septiembre de

1873 estaban nombrados los inquisidores por D. Carlos.

De nada sirve que los carlistas lo nieguen, para que los cándidos caigan en el lazo; los hechos están siempre sobre las palabras.

Asesinan los carlistas de un trabucazo, cerca del pueblo de Validora, al teniente co-ronel del batallón de Navarra, Sr. García Muñoz, que cayó prisionero en Alpens.

Tres de los prisioneros de Igualada son fu-silados en el camino de Suria á Montpellier, ultrajando y maltratando á los demás.

Un pobre anciano, llamado Pujol, es ase-sinado en la huida de los carlistas á Hots.

Los voluntarios que por su ancianidad no pueden salir de Elizondo con la columna Tejada, son después cogidos por la facción y fusilados.

Al tomar posesión del gobierno el señor Castelar el día 25 de Agosto de 1873, dijo que urgía restablecer la disciplina en el ejér-cito, añadiendo:

«Y urge, porque nos rodean peligros muy grandes; y urge, porque aquella reacción que tantas veces hemos vencido y han vencido nuestros padres, no se cree todavía desarma-da y no está aún desarmada de sus esperan-zas; y urge, porque las cuatro provincias más antiguas, más históricas, de carácter más independiente, de libertad más tradicional, puestas en las cumbres y en los desfiladeros de los Pirineos para ser un dique á las inva-siones extranjeras y un baluarte de nuestra nacionalidad, se hallan entregadas, por su-persticiones increíbles, á todos los horrores y á todas las deprecaciones del absolutismo; y urge, porque las cuatro provincias quizá más laboriosas, quizá más industriales de toda nuestra hermosa Península, las provin-cias catalanas, ven interrumpidas sus vías férreas, quemadas sus fábricas, hambrientos sus obreros; porque de todos lados, merced en parte á impaciencias criminales y á erro-res increíbles, de todos lados se levantan, como si fueran nubes de langosta, esas hor-das que talan, que incendian, que asesinan, y sobre todo deshonran; y urge, porque aún está reciente la catástrofe de Berga, porque aún está fresca la sangre de Igualada, porque casi se ven sus sombras en Segorbe, porque aún padece Estella, porque aún yace bajo la amenaza de un suicidio la heroica, la immor-tal Bilbao; porque hay quien piensa estúpida-mente en una restauración como la de 1815 y en una intervención como la de 1823; y el demagogo de la reacción, el más abomi-nable de todos los demagogos, aguja su pu-ñal para clavarlo en nuestros corazones, y apercibe sus maldiciones para lanzar nues-tras almas libres al implacable infierno de su monarquía y de su teocracia.» (*Grandes aplausos.*)

Este discurso da una idea de lo que ha-cían los bandidos que se echaban al campo en nombre de la religión que escarnecían, de la patria que asolaban, del rey que hubie-ran rechazado hasta en un presidio.

Un periódico carlista habla así de los li-berales:

«Estos malvados no pueden tener perdón de Dios ni de los hombres. Son peores que los salvajes carnívoros. La blandura con ellos les alienta para cometer mayores iniquida-des. La Europa entera no puede menos de contemplar con asombro á estos cafres in-cendiarios y á menos debe tener el rozarse con estos bribones.»

Repitamos lo dicho tantas veces á modo de estribillo: ahora no consentiríamos que hablaran así.

OCTUBRE

La facción Santés asesina en Pedralva á un criado del Enguerino, después de robar-le siete mulas, y secuestra varios vecinos.

El cabecilla Segarra apalea á varias mu-jeres de Vinaroz, únicamente por pertenecer á familias liberales.

Al recorrer los carlistas el sitio donde se verificó el combate de Santa Bárbara de Ma-ñeru recogieron varios heridos del ejército é hicieron algunos prisioneros, asesinando á casi todos.

Se presentan las facciones Vallés, Segarra, Mañeru y Barquetas, en total 2.000 hombres y 100 caballos, ante Mora de Ebro,

El número de sus defensores era de 400: 100 de Mora, 100 de Gandesa, 100 de Flix, y 100 de Villalba.

Al divisar á los carlistas se hicieron fuer-tes en las casas del barrio de la Citela, inme-diatas al castillo, cuya ocupación en vano in-teraron los carlistas.

Dos días y tres noches duró el fuego sin que aquellos valientes voluntarios se rindie-ran, á pesar de haber apelado los carlistas á toda clase de recursos, desde la traidora mina al parapeto de colchones colocados en carros.

Cegado por la ira Vallés, ordenó á los su-yos entregarse al pillaje y al incendio en las casas de los liberales, siendo quemadas ocho, robando más de 4.000 duros solamente en la del señor Pujol, oficial de los voluntarios de Mora.

Otra de las casas incendiadas, ésta por equivocación, fué la del presbítero D. Jacin-to Amorós, carlista acérrimo y que más de una vez había fulminado desde el púlpito terribles anatemas contra los liberales y afir-mado que no había salvación para España fuera del carlismo.

Los carlistas se retiraron de Mora despe-chados, jurando volver y no dejar piedra so-bre piedra, y llevándose, á cambio de 14 muertos y 30 heridos, el fruto de sus latro-cinios.

El presidente del poder Ejecutivo dirigió un telegrama al pueblo de Mora de Ebro fe-licitándole; tan heroica fué la defensa, y tan poca importancia dieron al saqueo ante el deber de combatir á los ladrones en cuadri-lla de Vallés y comparsas.

Asesinan á dos mujeres que se dirigían á Bilbao á vender fruta y causan una herida grave á un marinero inglés.

Los carlistas vizcaínos cometen un nuevo asesinato con circunstancias horribles.

A las tres de la tarde del día 14 fusilan en Valmaseda á D. Joaquín Hernáiz, antiguo inspector de orden público en algunas pro-vincias y cuyo único delito era ser liberal.

Lo más irritante, lo más miserable en este caso, fué la fórmula legal que para cometer el crimen se adoptó, simulando un Consejo de guerra cuando ya estaba resuelto inmolár á aquel desventurado.

Para escarnecer la religión de que se dicen defensores esos canallas, el Consejo, des-pués de condenar á muerte á Hernáiz, acor-dó que cada compañía del batallón del ca-becilla Navarrete rezase un rosario por el alma del *negro* que iba á morir.

Para disculpar después la horrible barba-rie, inventaron aquellos bandoleros que ha-bían cogido á la víctima documentos graves y de mucha importancia; pero era tan burda la calumnia, que quedó desmentida con lo que hicieron con el defensor: condenarle á dos meses de arresto en el fuerte de Sodupe, por haber demostrado en el Consejo que, no sólo no existía prueba alguna de culpabi-lidad, pero ni aun indicios siquiera.

El *Porvenir Alavés*, de Vitoria, abrió una suscripción para socorrer á la viuda y tres hijos de la víctima del salvajismo carlista.

Lizárraga fusila á dos franceses que iban de San Sebastián á Tolosa y que fueron de-tenidos en el camino sin armas de ninguna clase.

Hieren gravemente de un tiro, después de dispararle varios, al teniente alcalde de Beniárdá, D. Juan Bautista Payá.

NOVIEMBRE

El cabecilla Muxi sorprendió y aprisionó en Pont de Reventi á unos 50 vecinos de Berga, entre hombres y mujeres, que habían ido desarmados á proveerse de víveres y leña.

En el acto dispuso que los hombres fuesen apaleados, lo que se efectuó con la mayor escrupulosidad, medida que hizo después extensiva á las mujeres, jóvenes y solteras en su mayoría.

Para que la operación resultase con mayor solemnidad, el propio cabecilla levantaba las ropas á aquellas infelices, y los verdugos las zurraban cruelmente; y para que la escena fuese más edificante, un cura la presenciaba, alentando á los sayones al grito de ¡duro en ellas!

Después de este maltrato y estos vitupe-rios, acordaron retenerlas día y medio en su poder, y lo que hicieron con ellas es im-po-sible describirlo; baste decir que llegaron á Berga algunas en tal estado, que hacía temer por su vida. El cura contribuyó vilmente á tan infame resultado.

El cabecilla Quico fusila en Maspujols á un correligionario suyo acogido á indulto.

Los carlistas dejan casi muerto á palos á un infeliz casero de Lesarte, y maltratan cruelmente á una pobre mujer.

Son inhumanamente tratados los liberales que hay en Dima, á los que han dado el osa-rio del cementerio por cárcel.

Los someten al trato más inicuo y á los tormentos más atroces; no les dan otro ali-mento que pan duro, y para exasperarlos, hacen que los aldeanos pasen por las inme-dias enseñándoles las viandas que más excitan el apetito. Algunos mueren por fal-tarles resistencia para soportar tantas priva-ciones y ver tales infamias.

Al entrar los carlistas en Collejón, escóu-dese en un pajar de su casa el alcalde, cu-briéndose completamente con la paja.

Llegan los carlistas á la casa; seguros de que no había salido de ella, la registran, y no encontrándolo, tantean el pajar con las bayonetas.

No lo encuentran y salen del pajar; pero al advertir que dos bayonetas están teñidas de sangre fresca, vuelven, registran mejor, y por fin lo encuentran con dos graves heri-das en el vientre y en el pecho.

Lo obligan á incorporarse, lo atan fuerte-mente á una prensa de vino, donde lo tie-nen más de ocho horas desangrándose, has-ta que por fin expira tras larga y angustiosa agonía.

Una joven soltera, hija de un liberal de Ulldesona, emigrado en Vinaroz, salió al campo á segar hierba para las caballerías; lle-garon unos carlistas, la agarraron y la con-dujeron á viva fuerza sin consideración al-guna y á campo traviesa hasta la ermita de Alcanar; allí la ultrajaron, maltratándola además, y haciéndole oír los epítetos más denigrantes contra su padre.

La desgraciada no pudo huir de las garras de aquellos infames hasta altas horas de la noche, que se presentó en Alcanar, desde donde fué conducida en grave estado á su casa.

Matar de hambre á los prisioneros... Ase-sinar á los hombres honrados... Secuestrar, para maltratarlos y violarlos, á jóvenes ino-centes...

El carlismo respondía á sus instintos y á su tradición.

DICEMBRE

Cometen actos de ferocidad inaudita des-pués de la acción de Velavietia.

El teniente coronel de Tetuán, que cayó herido en su poder, fué villanamente ase-sinado, y para apoderarse de un anillo, le cor-taron un dedo. Un oficial de la Constitución sufrió la misma suerte, con otros varios de su clase.

Los bandidos los despojaron tan por com-pleto, que sólo dejaron á los cadáveres los calzoncillos.

Embaranca en la ría de Bilbao el vapor *Dávila*. Llamen al capitán desde el pretil del muelle; se presenta con otros individuos de la tripulación, y apenas pisa la cubierta cae, juntamente con otro individuo, herido mor-talmente por las balas de unos carlistas que le acechaban.

Después de estos asesinatos continuaron haciendo fuego, causando otro muerto y un herido y recorriendo después todas las casas de la anteiglesia de Deusto en busca de pe-tróleo para quemar el vapor.

Una gran concurrencia acompaña á Mallo-na el cadáver del desgraciado capitán Múgi-ca, causando su muerte profunda indigna-ción en Bilbao.

A unos tres kilómetros de Logroño fué asesinada una mujer por los carlistas.

Cae en manos de los defensores de la re-ligión un asistente del ejército en un caserío de las inmediaciones de Guetaria, y lo ase-sinan á bayonetazos, cortándole, vivo aún, la nariz y las orejas.

Marco de Bello fusila á los cabecillas cono-cidos por los Tuertos de Albalate, por ne-garse á dar cuenta de los miles de duros que habían robado.

Secuestran los carlistas cinco liberales en Campo de Volatín, y siguen asesinando á cuantas personas salen de Bilbao, haciendo blanco preferentemente en mujeres y niños.

Al retirarse de Arechulegui los carlistas incendian 70 caseríos, para privar de recur-sos á las tropas liberales.

Roban cuanto tienen á los recaudadores de contribuciones de Alcadia de Carlet, Montroig y Catedáu, maltratando ferozmen-te en este último punto á una anciana de más de ochenta años.

(Continuará.)

Imprenta de D. Blanco, Libertad. 31